REVISTA CULTURAL
LA VASIJA

SEUDÓNIMOS NICARAGÜENSES Y CHILENOS EN LA VIDA Y OBRA DE RUBÉN DARÍO

Orlando Cuadra Downing

TEXTO ÍNTEGRO RECONSTRUIDO Y CORREGIDO

Fuente: Revista Conservadora, núm. 14, noviembre-diciembre de 1961.
Edición preparada a partir de la transcripción OCR y del cotejo con las páginas escaneadas originales.

> ***Criterio de esta edición.*** *El texto fue reconstruido mediante cotejo entre la transcripción OCR y las páginas facsimilares anexas al archivo fuente. Se corrigieron errores de reconocimiento, separación de palabras, tildes y puntuación para facilitar la lectura. Se conservaron los nombres, neologismos, juegos verbales, formas deliberadamente incorrectas y expresiones propias de la época cuando forman parte del argumento o de las sátiras reproducidas. Esta es una edición de lectura, no una edición crítica diplomática.*

El presente trabajo no pretende ser exhaustivo en lo que respecta a los seudónimos nicaragüenses y chilenos que figuraron en la vida y obra de Rubén Darío. No es más que un simple ENSAYO de una obra de mayor envergadura.

Además, no tiene otro mérito que el del esfuerzo de investigación y de difusión de los trabajos literarios que, en una u otra forma, por amor o por contraste, tienden a enaltecer al Poeta que es honra y prez de NICARAGUA y del mundo de habla hispana.

Sea, pues, este centón, premiado en el Concurso Nacional Rubén Darío, como un canto coral en su honor.

PRIMERA PARTE

1

Los antecedentes del seudónimo en la Historia y en la Literatura son antiquísimos. Sus orígenes se pierden en la bruma de los tiempos. Baste decir que el nombre de HOMERO sería un seudónimo, si se aceptara por cierta la teoría sustentada -aunque no generalmente aceptada- de que las obras conocidas bajo su nombre son el trabajo de varios autores, y no de uno solo.

El primer seudónimo conocido es el de FEDRO (el fabulista latino), que se pretende, más o menos fundadamente, ser el seudónimo del escritor POLIBIO.

En el comienzo de la Era Cristiana el uso del seudónimo fue motivado por la humildad. Saulo de Tarso, el mílite judaico, orgulloso y violento, después de la caída en el camino de Damasco, quiso esconderse bajo el humilde nombre de PABLO (Hechos de los Apóstoles, 13, 9).

Y en el largo proceso evolutivo de la Iglesia de Cristo, desde PEDRO -seudónimo de Simón, el pescador-, pasando por las Catacumbas, en cuyas paredes dejaron impresos los perseguidos cristianos sus seudónimos, como por una reversión de la humildad cristiana primitiva, el humilde campesino ANGELO RONCALLI usa el pomposo seudónimo de JUAN XXIII (San Lucas 6-14).

Pero el uso generalizado de la seudonimia, es decir, la acción o costumbre de un autor de ocultar su nombre verdadero por medio de un nombre falso, o seudónimo, nace con la imprenta.

La palabra seudónimo -del griego *pseudó-nymos*, de *pseudes*, falso, y *onoma*, nombre- significa el nombre supuesto, ficticio, falso, usado accidental o habitualmente por un escritor para identificar sus escritos.

Las causas de la costumbre son varias. La primera es el deseo de despistar al curioso. Luego viene el afán o hipo de notoriedad que priva entre ciertos escritores -generalmente de segundo orden- que, ya sea por timidez, para eludir la crítica o por desafecto con su propio nombre, ocultan el suyo bajo el velo del seudónimo.

El seudónimo delata el carácter de su dueño. Por conjeturas inductivas se infiere el aspecto sicológico del individuo que usa un seudónimo pomposo o un título nobiliario, reveladores de admiración o vanidad, como PAUL DE CASSAGNAC (don Mariano Buitrago) o EL CONDE DE PAJALARGA (doctor David Arellano); el carácter vigoroso, como EL BACHILLER SANSÓN CARRASCO (doctor Manuel Coronel Matus); el sentido estético, en el cambio de su propio nombre por uno más elegante y eufónico, de fácil persistencia en la memoria, como RUBÉN DARÍO (Félix Rubén García Sarmiento, 1867-1916).

En el aspecto sociológico, el uso de un seudónimo por un escritor de valía es como la aparición de una nueva personalidad, un como desdoblamiento de la misma, la creación de un *alter ego*, como EL MORO MUZA (don Enrique Guzmán, 1843-1911), seudónimo «que casi vino a personificar a don Enrique, quien lo adoptó con carácter permanente».

No falta, también, en el uso del seudónimo el aspecto jurídico, es decir, si la responsabilidad del seudónimo se trasmite a su verdadero dueño. La cuestión estriba en la prueba testifical, en la moralidad y carácter de quien lo usa y en las leyes de imprenta.

Y como lo jurídico está íntimamente ligado con lo moral, se presenta también la cuestión de si el editor de una obra, o el director de un órgano de publicidad y sus empleados, están en la obligación moral de reservarse y no difundir la verdadera identidad del seudónimo.

En el Renacimiento el uso del seudónimo fue muy corriente, mas fue en el Romanticismo donde tuvo su verdadera floración. Aunque hay que hacer una observación, y es que los POETAS son menos aficionados al seudónimo que los PROSISTAS.

Entre nosotros, DON ENRIQUE GUZMÁN usó hasta diez seudónimos. (Se dice que Voltaire usó hasta 160). Cada uno de los seudónimos de don Enrique señala uno o varios aspectos de la personalidad del prolífico escritor, o una u otra época de su actuación literaria.

Los principales seudónimos conocidos, usados por don Enrique, son los siguientes:

ABINDARRAEZ: «que usó en Costa Rica».

ANTÓN COLORADO: «que fue además creación de un tipo o carácter, que apareció escribiendo en EL TIEMPO y después en EL DIARIO NICARAGÜENSE, sus célebres *Pequeñeces cuiscomeñas*, en las que el autor emplea un lenguaje vernáculo, matizado de proverbios que le dan al tema un marcado sabor folklórico».

EL MORO MUZA: del que ya hemos hecho referencia.

EL PADRE COBOS: «que se distinguió por su espíritu volteriano, sobre todo en sus EPÍSTOLAS MORALES, que don Enrique reprobó más tarde».

FRA-DIAVOLO: «con que firmó sus correspondencias a EL TERMÓMETRO de Rivas, haciéndose notar por su imparcialidad en la candente época de la expulsión de los Jesuitas» (1881).

JUAN DE LAS VIÑAS: «con que firmó sus célebres *Pedacitos de papel*, y con el que sostuvo su afamada polémica con Rubén Darío, como veremos más adelante».

MIMOSA DE TARBES: con el que «suscribió algunos artículos de temas femeninos en San Salvador».

PERSIUS: «que se hizo famoso por la finura de su humorismo».

UN VENCIDO DE LA CUESTA: «en artículos de política casera».

VIEJO ESTUDIANTE: que «lo empleó en sus últimos años en artículos de investigación o de corrección idiomática» (Véase ENRIQUE GUZMÁN, *Huellas de su pensamiento*, Edición Centenaria, 1843-1943, Granada, Nicaragua, C. A., p. VIII. Este volumen fue editado por don Pedro Joaquín Cuadra Chamorro).

Fue la época de don Enrique la de mayor florecimiento del seudónimo en Nicaragua. Bajo su influjo, varios escritores nacionales adquirieron la costumbre. En nuestros días, su uso es poco corriente, aunque algunos escritores persisten en emplearlo.

2

Nadie, que sepamos, ha escrito larga y seriamente sobre los seudónimos en Nicaragua, y esto, a pesar de que el tema es muy interesante para el estudio de la historia de nuestra literatura.

No existe, pues, bibliografía alguna sobre la materia. Lo poco que hemos podido encontrar en nuestras investigaciones sobre el particular es la referencia, en una gacetilla de EL DIARIO NICARAGÜENSE del 12 de febrero de 1891, a un artículo por don Manuel Riguero de Aguilar, publicado en EL HERALDO, de San Salvador.

Esa gacetilla reproduce la parte del artículo que transcribimos a continuación:

> *«Pero, del mismo modo que el oro y el amor no pueden estar ocultos, así los que han empleado el pseudónimo con el interés más o menos verdadero de ocultarse a la gloria, no han podido conseguirlo, y hasta los niños de pecho saben que Fígaro es Larra; Jorge, Carmen Silva, la Reina de Rumanía; Fernán Caballero, Bohls; Edda la colombiana, Rafael Pombo; Clarín, Leopoldo Alas; y Miguel de la Escalada, el gran filólogo Balvuena (sic); de modo que la modestia resulta un tanto inmodesta, y el ocultamiento no muy oculto, quizá por algo de falta de voluntad de los que quisieron ocultarse».*

No fue por inmodestia ni por falta de voluntad que se descifró el misterio, sino que los escritores mencionados lograron llegar al público, el que los quiso conocer.

Y en EL COMERCIO del domingo 22 de septiembre de 1918 aparece el siguiente artículo, firmado por LÁZARO NAVAIMA, que era el anagrama del ameno escritor don MARIANO ZAVALA, autor de *Hojas dispersas* (Poemas), Tipografía Progreso, Managua, 1920, que dice así:

EL PSEUDÓNIMO

Ocultar el nombre bajo el pseudónimo cuando se escribe, unas veces es modestia, y otras es desconfianza del propio valer. Hay almas tímidas que aman el arte por el arte y, atraídas por su luz, no les importa que sus nombres queden en la sombra cuando han logrado bañar su pensamiento en el éter de la publicidad.

¿Y qué es el propio nombre, que no es propiedad exclusiva de uno, puesto que lo puede llevar cualquiera? El que estas líneas escribe tiene en España un homónimo, escritor de gran fama, que esparce su talento en revistas y libros.

El pseudónimo es el nombre de nuestra propia elección, que hemos encontrado en la torre de marfil de nuestros ensueños cuando, como el Caballero de la Mancha, soñamos con empresas inmortales y buscamos un nombre reluciente y sonoro que sustituya al oscuro nombre que hemos llevado. Don Alonso Quijano el Bueno, cuando proyectó llenar el mundo con sus hazañas portentosas, cambió su modesto nombre por el que a él le pareció altisonante y lleno de armonía de Don Quijote de la Mancha.

En Italia, el primer escritor de aquella tierra ha impuesto al mundo el nombre de su propia elección, y nadie nombra ya al autor de *El Fuego* con el vulgarísimo de Gaetano Rapagnetta, que recibiera de sus padres, sino con el vibrante y lleno de esplendor de Gabriele D'Annunzio.

Máximo Gorki, pseudónimo tras el que se oculta el gran novelista ruso, es otro que ha hecho olvidar su propio nombre.

En el siglo XIX dos mujeres dejaron hondas huellas en las literaturas de sus respectivas patrias y ambas han pasado a la posteridad bajo pseudónimos que usaron. Estas insignes escritoras, guiadas sin duda por aquel consejo que, para sublimar la modestia, da don Severo Catalina al más hermoso de los sexos en su libro *La Mujer*: «Si tienes talento, escóndete, y si no lo tienes, escóndete», siempre ocultaron la llama del ingenio tras el velo del pseudónimo. Doña Catalina Böhl de Faber, una de ellas, dio en España una nueva orientación a la novela con la producción de obras magistrales que mantuvieron durante largos años la curiosidad en los espíritus, sin poder encontrar quién era el luminoso ingenio que se ocultaba bajo el supuesto nombre de Fernán Caballero, hasta que al fin se descubrió el incógnito.

Aurore Dupin de Dudevant, aquella mujer de carácter varonil que paseaba por las calles de París vestida de varón, con un habano entre los labios, le tomó a su amante, Julio Sandeau, la primera letra de su nombre y las cuatro primeras de su apellido y formó el celebérrimo pseudónimo de George Sand, con que universalmente es conocida la genial escritora francesa.

Don Mariano José de Larra hizo popularísimo el pseudónimo de Fígaro; don Modesto Lafuente y Alcántara, el de Fray Gerundio; don Leopoldo Alas, el de Clarín; el colombiano don Juan de Dios Restrepo, el de Emiro Kastos; el antillano don Emilio Bobadilla, el de Fray Candil; el guatemalteco don José Milla y Vidaurre, el de Salomé Jil; y el ecuatoriano don José Antonio Campos, el de Jack the Ripper.

En Nicaragua ha sido muy usual el pseudónimo. Don Enrique Guzmán, el más salado de los escritores nicaragüenses, casi siempre se ocultó tras el pseudónimo: unas veces se firmaba el Moro Muza, otras Antón Colorado, otras Persius. El doctor Manuel Coronel Matus ponía algunas veces al pie de sus sabias y amenas lucubraciones El Bachiller Sansón Carrasco o L. S. Marmontel; don Leopoldo Rocha usó los pseudónimos de Ostrogoff y El Capitán Veneno.

Entre los escritores actuales que usan o han usado pseudónimos están: el general Isidro Urtecho (Sanfel); el doctor Pedro González (José Ola); don Francisco Huezo (San Privato y Un Bachiller de Ogaño); don Salvador Calderón Ramírez (El Duque de Hermile y Fray José Paul); el doctor Mariano Barreto (Emilio); el doctor Santiago Argüello (Juan José y Segismundo); don Arturo Elizondo (Otoniel Ruzardo); don Adolfo Vivas (Fray José); el doctor Gerónimo Ramírez (Zermira); don José María Gutiérrez (Melitón); el doctor Carlos Cuadra Pasos (Valentín Palos Ralos); y el autor de estas líneas, el anagrama de

LÁZARO NAVAIMA

No es completa, ni se esperaba que lo fuera, la lista de los seudónimos nicaragüenses de LÁZARO NAVAIMA. No hubo escritor de nota, en el primer tercio del presente siglo, que no lo usara.

Ni menciona tampoco el hecho de que el nombre conocido del Príncipe de las Letras Castellanas, RUBÉN DARÍO, es realmente un seudónimo, ni que el Poeta usó seudónimos en su vida y en su obra primigenias, ni que fueron escritas bajo seudónimos unas de las más brillantes páginas de la literatura nacional acerca de la personalidad literaria de nuestro máximo Poeta.

3

RUBÉN DARÍO es el más ilustre seudónimo de la literatura moderna.

Nacido el 18 de enero de 1867, en Chocoyos (Metapa), hoy Ciudad Darío, FÉLIX RUBÉN GARCÍA SARMIENTO era hijo legítimo de Manuel García y Rosa Sarmiento.

Por el precoz sentido estético del Genio, pronto se produjo el cambio de nombre por otro más eufónico y de fácil persistencia en la memoria, y así el Poeta-Niño optó por el de RUBÉN DARÍO. ¡Feliz escogencia!

En el estudio de crítica literaria sobre RICARDO PALMA, dice él mismo, narrando su visita al ilustre peruano:

> *«-¡Oh, mi señor don Darío Rubén...! Así me saludó, así, poniendo el apellido primero y el nombre después. Mi pobre nombre tiene esa capellanía. En diarios sudamericanos he leído: "El escritor que se oculta bajo el seudónimo de Rubén Darío...". Sí, unos lo creen seudónimo, otros lo colocan al revés, como el ilustre ingenio de las Tradiciones, y otros, como Valera, dicen que es un nombre "contrahecho o fingido"... Y continúa: "¡Válgame Dios! Pero dejo para otra vez el contar por qué mi nombre es judaico y mi apellido persa, y vuelvo a don Ricardo..."» (Véase RUBÉN DARÍO, Crítica, Ediciones del Ministerio de Educación Pública, Extensión Cultural, Managua, 6-2-59, pp. 9-10).*

En el capítulo inicial de su AUTOBIOGRAFÍA tiene ocasión el Poeta de referirse a la cuestión de su nombre. Dice así:

> *«En la catedral de León, de Nicaragua, en la América Central, se encuentra la fe de bautismo de Félix Rubén, hijo legítimo de Manuel García y Rosa Sarmiento. En realidad, mi nombre debía ser Félix Rubén García Sarmiento. ¿Cómo llegó a usarse en mi familia el apellido Darío? Según lo que algunos ancianos de aquella ciudad de mi infancia me han referido, un mi tatarabuelo tenía por nombre Darío. (Don Darío Mayorga). En la pequeña población conocíale todo el mundo por don Darío; a sus hijos e hijas, por los Daríos, las Darías. Fue así desapareciendo el primer apellido, a punto de que mi bisabuela paterna firmaba ya Rita Darío; y ello, convertido en patronímico, llegó a adquirir valor legal, pues mi padre, que era comerciante, realizó todos sus negocios ya con el nombre de Manuel Darío, y en la catedral a que me he referido, en los cuadros donados por mi tía doña Rita Darío de Alvarado, se ve escrito su nombre de tal manera» (Véase RUBÉN DARÍO, Autobiografía, volumen XV de las Obras Completas, Editorial Mundo Latino, Madrid, 1920).*

El hecho, pues, incontrovertible, de que el niño fuese bautizado Félix Rubén García Sarmiento coloca el nombre adoptado después -por razones justificadas, si se quiere- dentro de la categoría de los seudónimos.

Así se le considera en España, donde en trabajos bibliográficos aparece: RUBÉN DARÍO, seudónimo de Félix Rubén García Sarmiento.

Dejemos, pues, establecido, con la autoridad del propio testimonio del Poeta, la realidad de que su glorioso nombre era un seudónimo. Durante su vida, el nombre ficticio se identificó con él, y ya él mismo lo consideraba como su real y verdadero nombre, como se ve en el párrafo sobre don Ricardo Palma que hemos transcrito.

Muy pronto el niño Darío comenzó a figurar en el mundo literario de su tiempo. Lo cuenta él mismo:

> *«Ya iba a cumplir mis trece años y habían aparecido mis primeros versos en un diario titulado EL TERMÓMETRO, que publicaba en la ciudad de Rivas el historiador y hombre político José Dolores Gámez. No he olvidado la primera estrofa de estos versos de primerizo, rimados en ocasión de la muerte del padre de un amigo. Ellos serían ruborizantes si no los amparase la intención de la inocencia:*
>
> *Murió tu padre, es verdad,*
> *lo lloras, tienes razón,*
> *pero ten resignación,*
> *que existe una eternidad*
> *do no hay penas...*
> *Y en un trozo de azucena*
> *moran los justos cantando...*
>
> *No, no continuaré. Otros versos míos se publicaron y se me llamó en mi república, y en las cuatro de Centroamérica, "el poeta niño". Como era de razón, comencé a usar larga cabellera, a divagar más de lo*

> *preciso, a descuidar mis estudios de colegial, y en mi desastroso examen de matemáticas fui reprobado con innegable justicia.*
>
> *Como se ve, era la iniciación de un nacido aeda» (Rubén Darío, Autobiografía, edición citada, p. 22).*

Poco tiempo después, don Enrique Guzmán, que ejercía una gran influencia sobre los hombres de letras de su época, anota en su *Diario íntimo*:

> *«Con una carta de Genaro Lugo y acompañado de un joven Salinas, se me presenta el novel vate RUBÉN DARÍO, a quien llaman el poeta niño. Parece tener de quince a diez y seis años; es en realidad un niño. Me parece simpático; aún no he podido juzgar de su inteligencia».*

No tardó mucho don Enrique en juzgar la precoz inteligencia del poeta-niño, cuando, debido a uno de sus *Pedacitos de papel*, que escribía tras el seudónimo de JUAN DE LAS VIÑAS, y en el que dijo:

> *«Otrosí: "Derramar la simpatía" ha dicho últimamente don Rubén Darío en una composición poética a la señorita Celia Elizondo. Mal gusto mío ha de ser, pero ni el Poeta Niño me hará tragar la simpatía derramada...»*

se entabló una controversia entre el Maestro del buen decir y el nuevo Vate. Prueba este, con gran acopio de citas, que otros poetas, antes que él, han derramado valor, gozo, risa, ardor, en sus versos. Pero el maestro don Enrique se cierra, «y si llego a abrir la boca -dice- es para gritar: *Nequaquam!*».

Rubén Darío, contrariado, termina la discusión diciendo: «Mas sé también que ya ha pasado el tiempo del *magister dixit*». Y la reciente amistad entre ambos se enfría grandemente.

Años después, cuando el Poeta-Niño era ya un poeta consagrado, coronado de júbilo y laureles, envía esta esquela:

> *«RUBÉN DARÍO saluda a Enrique Guzmán y le envía ese libro, agradeciéndole a los treinta años las críticas que le hacían rabiar a los quince. B. Aires, 18 de enero de 1897».*

Y es que Rubén Darío fue siempre, toda su vida, el poeta niño, y siempre tuvo el corazón de lis. (Véase *Rubén Darío criollo o Raíz y médula de su creación poética*, por Diego Manuel Sequeira, Editorial Guillermo Kraft Ltda., Buenos Aires, 1945, capítulo cuarto. También *Rubén Darío y Enrique Guzmán*, por Pedro Joaquín Chamorro, Revista de la Academia de Geografía e Historia, tomo II, No. 4, Managua, Nicaragua, 1938).

Bien pronto Rubén Darío, siguiendo la costumbre de la época, comienza a encubrir su nombre bajo el velo del anagrama -una de las formas de la seudonimia- y, frecuentemente, pasatiempo de los jóvenes dados a escarceos literarios.

En EL ENSAYO, de León de Nicaragua, el 27 de junio de 1880, aparece su primera poesía impresa en la ciudad de su infancia, bajo el seudónimo de BRUNO ERDIA -anagrama de Rubén Darío-. En la composición titulada:

DESENGAÑO

Amanecía. La lumbre melancólica del sol, doraba con su arrebol de la colina la cumbre.

Las aves sus dulces trinos iban alegres cantando, y blandamente saltando de rama en rama en los pinos.

Las palomas con rumores bello concierto formaban, y mil torrentes cruzaban por entre alfombras de flores.

De las fuentes las espumas se miraban blanquear, y en los espacios cruzar pájaros de airosas plumas.

Albo rocío guardaba entre su cáliz la rosa, y a la azucena olorosa céfiro blando besaba.

Era, en fin, toda armonía, era todo allí grandeza, sonreía naturaleza al contemplar aquel día.

Pero del Sol asomó la faz pura y soberana, y entre celajes de grana la aurora se disipó;

y derramó los fulgores de su lámpara esplendente, dando vida a la simiente y fecundando las flores.

Y se ostentó en el espacio, grande, esbelto, majestuoso, cual monarca poderoso en su soberbio palacio.

Mas después, con triste velo, en las brumas de Occidente hundió su faz refulgente el Soberano del Cielo.

Las avecillas volvieron a reposar en sus nidos, y sus cantares sentidos también desaparecieron.

Así el amor de un poeta nació bello, seductor, y daba vida y calor a su fantasía inquieta.

Mas acabó la ilusión de su volcánico amor, y la musa del dolor se posó en su corazón.

(Véase Diego Manuel Sequeira, o. c., pp. 18-19, y Rubén Darío, *Poesías completas*, Aguilar, S. A. de Ediciones, Madrid, 1952, pp. 7 y 1247).

Nos imaginamos al Poeta sentado ante la tosca mesa de trabajo que hacía de escritorio, con una hoja de papel en blanco, a la cabeza de la cual había escrito: RUBÉN DARÍO, y luego, debajo de ese nombre, tachando letras iría formando las posibles combinaciones de las mismas que podrían producir un nombre de su agrado. Pensaría en BRUNO, el santo de los «callados hijos» que habría de cantar en LA CARTUJA, y al que había conocido, sin duda, en el tiempo en que era «dirigido y acariciado» por el padre Tortolini, anciano, y el padre Valenzuela, poeta de Colombia; y de ese juego literario resultó: BRUNO ERDIA.

Unos meses más tarde, también en EL ENSAYO, de León (No. 5 del 1.o de agosto de 1880), aparece, en primera plana, la composición poética intitulada «A...», que comienza:

Mujer, encanto de mi alma, de mi amor estrella hermosa, gallarda como una rosa, esbelta como una palma.

Y que termina así:

Si entre la brisa que juega con tu negra cabellera una queja plañidera, tremolando, a tus oídos llega,

mírala con compasión, no la desprecies, te pido, que es tristísimo gemido de mi amante corazón.

«Para envolver en el misterio esa infantil y prematura declaración de amor -dice el doctor Diego Manuel Sequeira-, adopta Rubén un nuevo seudónimo: BERNARDO I U -anagrama de Rubén Darío-, que hizo suponer, por algún tiempo, que no era Rubén Darío el autor de los versos, sino que estos eran de su tía abuela, doña Bernarda Sarmiento de Ramírez, señora que gozaba de merecida fama por su talento y su cultura».

«¿Quién era la encantadora niña que arrancaba de la guzla del poeta adolescente aquellas tiernas lamentaciones?», pregunta el doctor Sequeira. «Isabel Darío, la prima rubia...», contesta él mismo, a pesar del «con tu negra cabellera» de los versos últimos que hemos transcrito; «que vivía junto con Rubén en la señorial casona de doña Bernarda, tía abuela de ambos; la misma que más tarde fuera una de las protagonistas del bellísimo cuento “Palomas blancas y garzas morenas”, de AZUL...» (D. M. S., o. c., p. 27).

Sin embargo, en *Poemas de adolescencia*, vol. I de las Obras Completas de la Editorial Renacimiento, libro que fue refundido en las varias secciones de «La iniciación melódica» de las *Poesías completas* -edición, introducción y notas de Alfonso Méndez Plancarte, Aguilar, S. A. de Ediciones, Madrid, 1952-, a la página 149, esta misma composición aparece con el título de A MERCEDES MANIG (Manning, debería ser), con ciertas pequeñas variantes, como la que exigía el horrendo verso: «Tremolando a tus oídos llega», que fue cambiado a: «Temblando a tu oído llega», que es más correcto.

Ya por el año de 1885, a los 18 de su edad, abandona Darío el narcisismo de su nombre, que ya ha hecho patente en dos ocasiones, con BRUNO ERDIA y BERNARDO I U -anagramas ambos de Rubén Darío-, y escribe con el seudónimo de URSUS.

«El 31 de mayo (de 1885), por dificultades económicas de la empresa y por ciertas diferencias de criterio, se retiró de la dirección de EL PORVENIR DE NICARAGUA don Fabio Carnevalini. Jesús Hernández Somoza asumió exclusivamente la dirección del periódico, que dejó de salir diariamente para convertirse en bisemanal. El principal redactor era RUBÉN DARÍO, quien firmaba sus crónicas y gacetillas con el seudónimo de URSUS» (D. M. S., o. c., p. 193).

En el número 4, del 11 de junio de 1885, de EL PORVENIR DE NICARAGUA, apareció el artículo titulado EL SIGLO XX, bajo el ya conocido seudónimo de URSUS. Decía así:

> *«A juzgar por el progreso vertiginoso de la época presente, jamás visto en los tiempos pasados, en el siglo XX habrán de realizarse maravillas increíbles. ¡Oh, sí! La navegación aérea y la navegación submarina serán medios vulgares de comunicación. Zambullirse en Corinto dentro de un buquecito eléctrico y aparecer una hora después en el Callao o en Burdeos; elevarse aquí en un globo aerostático, pasar sobre las nubes, con las tempestades bajo sus pies, y caer a pocos minutos en medio de la Plaza de la Concordia en París; ver desde Lima una representación en el teatro de la Scala de Milán; oír desde una casa americana un debate parlamentario en las Cámaras francesas; escuchar y entender desde un Instituto del Polo antártico una lección sobre alquimia que dé un sabio chino en alguna cátedra de Pekín; platicar en voz baja del uno al otro extremo del desierto del Sahara, convertido en mar y lleno de ciudades flotantes; todo esto que hoy parece extraordinario será natural, corriente, real y verdadero.*
>
> *¡Ah, el siglo XX! ¡Cuánto habremos adelantado también nosotros, por más que algunos espíritus incrédulos y pesimistas piensen lo contrario! En León -y no se admiren-, ya las telas tenues de las telarañas no estarán tapizando las tapias; ni habrá tanta devoción, ni tanto clérigo, ni tanta gente llena de piedad ganando indulgencias en vez de ganar otra cosa; en Managua las calles estarán empedradas y compuestas, o siquiera limpias, y habrá aceras, y las ventanas no saldrán a media calle, como espiando al que pasa, y los barberos no le llevarán a uno la barba con quijada y todo. En Granada sucederá lo mismo, y además habrán desaparecido de su bonita plazuela unos postes telegráficos que la afean; y en Masaya y en Chinandega, etc., etc., etc., habrá mayor cultura, y más... ¿Para qué continuar? Agora lo veredes, dijo Agrages».*

Es curioso observar en estas predicciones las de la radio y la televisión, de las que en 1885 no se tenía ni el menor barrunto.

También en el periódico EL MERCADO, de Managua, de 28 de diciembre de 1885, apareció con solo el subtítulo de *Versos tristes*, y bajo el seudónimo de URSUS, la composición titulada «Margarita» (Véase *Poesías completas*, p. 244).

Cabe recordar aquí que una de las causas del uso del seudónimo es la admiración por los héroes de la Literatura y de la Historia. Rubén Darío, un muchacho flacucho, «endeble y cabezón», había leído, sin duda, las proezas del famoso gladiador romano, el hercúleo URSUS, y por ese complejo de admiración del físicamente débil por el físicamente fuerte, optó el nombre del héroe de *Quo Vadis?* como su seudónimo.

No entramos aquí en los prolijos detalles de la vida juvenil nicaragüense de Rubén, ni de los incidentes e incidencias de su primer viaje al exterior, ni las causas y motivos de su trascendental viaje a Chile, pues ya son de todos conocidos y no caben en este humilde Ensayo.

Solamente diremos que, durante este tiempo, su gran cabeza se iba llenando de sabiduría y conocimientos; que con sus constantes lecturas iba enriqueciendo su enorme acervo intelectual, y que con el trato de los hombres de talento de su tierra iba formando e informando el vasto suyo propio.

4

Llega Rubén Darío a Valparaíso, Chile, el 24 de junio de 1886. En su mochila de viajero lleva, además de su pobre y escasa indumentaria, unas ricas cartas de recomendación de los amigos centroamericanos para los amigos chilenos.

Una de esas cartas -la del salvadoreño general Juan José Cañas, diplomático, escritor y poeta, para Eduardo Poirier- había de ser de gran utilidad.

El señor Eduardo Poirier, quien se hizo gran amigo de Rubén Darío gracias a la valiosa intercesión del general Cañas, intimó con él y, debido a su excelente posición como jefe del Telégrafo Nacional, tenía gran conocimiento e influencia en los diarios importantes de Valparaíso y de Santiago. Además, era amante de las letras, como escritor él mismo, y supo apreciar los relevantes méritos de su nuevo amigo. Fue él quien, sin duda, lo presentó a la Dirección de EL MERCURIO, diario en el que Rubén recibió una expresiva crónica de bienvenida el 13 de julio de 1886, y donde fue invitado a colaborar, lo que hizo, el 16 del mismo mes, con su artículo LA ERUPCIÓN DEL MOMOTOMBO, título y tema simbólico, pues el Momotombo poético de Rubén Darío habría de hacer erupción en Chile.

Eduardo Poirier no tardó en hacer a Rubén el confidente de sus propios anhelos literarios. Le invitó a colaborar en la redacción de una novelita que habían de presentar, conjuntamente, al concurso de LA UNIÓN, diario de Valparaíso, el 1.o de agosto de 1886.

«Aquella novelita, EMELINA, que no obtuvo recompensa en el certamen de LA UNIÓN, fue escrita “en diez días”, “como la suerte ayudaba”, según se lee en el prólogo con que se la dio a luz en 1887. Si recordamos que hubo de ser presentada (con seudónimo PÍLADES Y ORESTES) a más tardar el 1.o de agosto, día de término del plazo, como puede verse en las listas que publicaron los diarios del 8, podemos precisar muy aproximadamente entre qué fechas intervino la colaboración de Darío. El jurado a quien se encargó distribuir las recompensas del certamen se compuso de los siguientes escritores: Ramón Sotomayor Valdés, Carlos Walker Martínez, Guillermo Blest Gana, Zorobabel Rodríguez y Manuel Luis Amunátegui, este último en reemplazo de Vicuña Mackenna, fallecido a poco de anunciarse el certamen. La novela premiada, DOS HERMANOS, era obra de Enrique del Solar, cuyo nombre se lee en LA ÉPOCA de Santiago en 13 de enero de 1887.

»EMELINA, aunque destituida de casi toda importancia literaria, ofrece un problema que no es baladí estudiar siquiera ligeramente: ¿qué participación cupo en ella al poeta forastero, ya que la mayor parte de las páginas que la forman no revela que él interviniese en la redacción?», dice el señor Raúl Silva Castro en su valiosa obra *Rubén Darío a los veinte años*, Biblioteca Románica Hispánica, Editorial Gredos, Madrid, 1956, pp. 23-24.

Interesante es el problema planteado por el ilustre e ilustrado dariísta chileno. Nosotros intentaremos, aunque sea ligeramente también, abordar el tema, partiendo, sin embargo, de la premisa de una mayor intervención en la redacción de la obra que la que el señor Silva Castro concede a Rubén Darío.

Comenzaremos por los detalles exteriores. Como la obrita fue presentada a un concurso literario, debió serlo bajo seudónimo. Como era producto de dos autores trabajando al alimón, se escogieron dos nombres ficticios. Los de esta ocasión fueron: PÍLADES y ORESTES. ¿Quién escogió los seudónimos? Rubén Darío, sin duda. Veamos el porqué de nuestro aserto.

¿Quién era Pílades, en la Mitología griega? Era amigo de Orestes, el que participó de todas sus andanzas y el que se casó con Electra, su hermana, de la cual tuvo dos hijos.

Y ¿quién era Orestes? Orestes era el héroe griego, hijo de Agamenón y Clitemnestra, hermano de Laodicea, Ifigenia y Electra, y amigo de Pílades; su madre, junto con Egisto, asesinó a Agamenón para casarse con él, por lo cual Orestes mató a los parricidas; pero después de la muerte de su madre lo persiguieron las Furias (*Diccionario Hispánico Universal*, tomo II, W. M. Jackson, editores).

Pílades y Orestes, pues, eran buena pareja: el uno con su clara visión y fría tranquilidad y el otro con su ardiente fantasía. Quizás los dos amigos pensaron en escoger por seudónimos a Damón y Phintias, por la similitud de las iniciales de los nombres de ambos; pero los dos nobles pitagóricos de Siracusa, en la época de Dionisio el Menor, y famosos por su ejemplo de fiel amistad, no podían competir con la fama de aquellos.

El hecho de que estos nombres provengan de la Mitología griega, en la que nuestro Poeta era tan versado, nos afirma en la creencia de haber sido él quien escogió los seudónimos. Rubén era Pílades, el amigo que participaba de las andanzas de Orestes (Poirier).

No dudamos que don Eduardo Poirier tuviera conocimiento de Mitología, de Historia y de Literatura Universal, y que supiera que ORESTES se llamaba el secretario de Atila y regente de Italia, a quien Odoacro, rey de los hérulos, mandó decapitar después de vencerlo; y que ORESTES era el título de la tragedia de Eurípides (408 a. de J. C.), y el de la de Voltaire, imitación de la *Electra* de Sófocles, de 1750, y el de la de Alfieri, de 1782, porque Poirier era un hombre ilustrado, traductor de obras en francés e inglés. Creemos simplemente que aceptó gustoso la sugerencia de su colaborador, más versado que él en Mitología.

En cuanto al título de la obra, diremos también que fue idea de Rubén. EMELINA es un nombre que le evocaba romances e ilusiones. Era el nombre de Rosario EMELINA Murillo, la misma Emelina de la dedicatoria de LA CABEZA DEL RABÍ, escrita apenas dos años antes, en 1884, movido por los celos que le provocaban las atenciones del expresidente de la República, general don Pedro Joaquín Chamorro, para con la niña amada entonces. Sus recuerdos de Nicaragua no se habían enfriado bajo la Cruz del Sur.

EMELINA, la obrita chilena, fue publicada en 1887. El precioso ejemplar de la edición príncipe que priva en poder de don Carlos Mántica Abaunza, dueño de una rica colección de Dariana, dice así:

> *EDUARDO POIRIER Y RUBÉN DARÍO*
>
> *EMELINA*
>
> *Valparaíso*
>
> *Imprenta y Litografía Universal*
>
> *Chaigneau y Castro*
>
> *1887*

Es un tomito de 12 x 16 cms., de 201 páginas de texto e índice.

En la dedicatoria al señor Agustín R. Edwards, propietario de LA ÉPOCA, Poirier admite la ayuda de «inteligente colaborador», y Darío, en carta que Poirier publica en el prólogo firmado solamente por él, critica la obra con marcada objetividad, lo que ha dado margen a creer que se lavaba las manos de semejante pecadillo literario.

«En cuanto a la gran debilidad de esta obra -dice-, es aquella misma que Goncourt señala refiriéndose a su bellísimo e incomparable primigenio *En 18...*: Nosotros no hemos tenido la visión directa de lo humano, sino recuerdos y reminiscencias de cosas vistas en los libros».

«Parece que su participación fue muy pequeña -dice don Raúl Silva Castro-, lo que concuerda con la sospecha de que la obra estuviese casi totalmente escrita cuando llegó a Chile, y de que su autor, único hasta entonces, el señor Poirier, pidiera a su nuevo amigo una ayuda solo para acelerar el trabajo y darle cabida en el plazo fijado por el certamen de LA UNIÓN. Si es posible hacer un análisis de estilo para distinguir la cuota de cada autor en una obra literaria escrita en colaboración, se puede afirmar que en la primera parte de esta novela no se halla indicio alguno de la pluma de Rubén Darío. El estilo de esas páginas es algo solemne; las frases se agrupan en períodos y párrafos extensos; el autor ha tomado muy en serio su asunto y no se permite libertad alguna con él o con los personajes que lo sostienen. Otro tanto puede decirse de los ocho primeros capítulos de la segunda parte. Pero de pronto, en el capítulo IX de esta, titulado TITO MATTHEI, descripción espiritual y fantástica de París, como trazada por quienes lo soñaban, y no lo habían visto aún sino en artículos, y, sin duda, al través de Víctor Hugo, una nueva mano aligera el curso de la narración. Darío ha llegado. Escribe una lengua rápida, nerviosa, abigarrada, llena de exabruptos y esmaltada de palabras exóticas. En la tercera parte, si se atiende a las mismas indicaciones, corresponderían a Darío los capítulos I, II, V, VIII y XI, por lo menos. En los demás, la colaboración de ambos autores parece compaginarse estrechamente, y al leerlos se llega a creer que fueron escritos en compañía» (Raúl Silva Castro, o. c., pp. 25-26).

No hay concordancia en el concepto emitido en la primera frase de esta larga cita y las finales de la misma. De la lectura de estas últimas se infiere que la colaboración fue estrecha en todo el trabajo, desde el principio hasta el fin, y que el aporte de Darío, aun reducido a solo los capítulos señalados por el señor Silva Castro, hace su participación no muy pequeña.

La prensa chilena se ocupó ligeramente de EMELINA. Don José Gregorio Ossa, con su seudónimo GIL PÉREZ, dijo lo siguiente:

> *«De EMELINA no conozco ningún juicio crítico, aunque es verdad que en el prólogo de esa novela sus autores se han encargado de darnos una ligera apreciación de su mérito. Darío nos dice en una carta a su colaborador que EMELINA es una novela del género de las de la escritora inglesa que firma Ouida, del género espeluznante. Poirier nos hace saber en su contestación a su colaborador Darío que EMELINA es una novela honrada y pulcra, que a ninguna niña que la lea hará asomar el carmín a las mejillas. Poirier, cuya afición por las novelas inglesas nadie que conozca sus traducciones de varias de ellas pondrá en duda, prefiere ese género. Darío, por el contrario, gran admirador de los hermanos Goncourt y Daudet, se inclina preferentemente a la moderna escuela realista, y es, sin duda, por esto que el aplaudido poeta se lava las manos en el prólogo de EMELINA. Ambos autores tienen razón al apreciar como lo hacen a aquella hija de su ingenio. EMELINA es una novelita de lectura entretenida que nada enseñará al lector, pero que en nada puede dañarlo» (LA ÉPOCA, Santiago, 22 de noviembre de 1887; cita de Raúl Silva Castro, o. c., pp. 26-27).*

Para Francisco Contreras, según se expresa en el estudio preliminar del volumen *Obras ignoradas de Rubén Darío. EMELINA. Novela en colaboración con Eduardo Poirier*, estudio preliminar de Francisco Contreras, París, Agente Mundial de Librería, 14, Rue des Saints-Pères, 14, publicado en 1927, «Poirier es un letrado y un publicista que ha escrito obras de gran interés documentario, como *Chile en 1910*. A la sazón traducía novelas de aventuras, de autores ingleses y franceses, para los folletines de los diarios. Debió tomar gran parte en la invención del asunto de EMELINA, pues hay en él un núcleo central de intrigas espeluznantes por el estilo de aquellas novelas. Pero Darío debió colaborar también en esto, como lo prueban el apellido del protagonista, (Marcelino) Gavidia, apellido desconocido en Chile y que era el del mejor amigo centroamericano del poeta: Francisco Gavidia; la figura de Guzmán Blanco, que Poirier no había de conocer con los detalles con que aparece; la intromisión, en fin, de un secretario de la Legación de Nicaragua en Bélgica. Las frases en inglés y en francés de ciertos capítulos han de ser de Poirier, ya que, según confesión propia, Darío no era en ese tiempo versado en lenguas extranjeras. Empero, el libro ha de haber sido escrito por Rubén Darío, casi en su totalidad. Algunos capítulos no ofrecen duda: están redactados en ese estilo nervioso y agudo, de frases cortas e imágenes raras, que es del gran poeta; así el que comprende la descripción de París, el de la fiesta en el palacio de Guzmán Blanco y el final, del paso de bodas» (F. C., estudio preliminar, o. c., pp. XXI-XXII).

Observa también Contreras que hay en EMELINA «expresiones y giros no usados por los escritores chilenos de entonces, como “tarde a tarde” (por a veces), propio (por mismo), pulchinela, muérdago, bodas, etc.», y que «la obra está escrita en correcto castellano, cosa rara en los libros chilenos de la época, y con ortografía española, cosa más rara aún, pues entonces en Chile casi todo el mundo usaba la ortografía reformada según las doctrinas de Andrés Bello» (ídem, p. XXIII).

«EMELINA tiene, pues, su significación -termina diciendo el señor Contreras-. Es la primera obra en prosa de Rubén Darío y la única novela que publicó, ya que ORO DE MALLORCA quedó inédita a su muerte. La generalidad del público, que busca en los libros esparcimiento y diversión, la leerá con placer; su intriga misteriosa no carece de interés y, siendo rápida, se sigue con mayor agrado que la interminable trama de las novelas de aventuras. Los escritores que se interesan por la obra de Rubén Darío la acogerán con regocijo; la crítica encontrará en ella una de las etapas de la evolución del gran poeta, en la cual se ven ya antecedentes de los cuentos de AZUL..., que tan grande influencia han tenido en la renovación de la prosa castellana. Buena obra es, pues, el publicar nuevamente esta novela desconocida del gran poeta» (ídem, p. XXX).

A pesar del fracaso en el certamen de LA UNIÓN, era evidente que en Rubén Darío «la juventud empieza a alzar el vuelo y ya aplausos cosecha» (*A Ricardo Contreras*).

De la capital comercial que es Valparaíso, parte Rubén a la capital intelectual y política de Chile, que es Santiago.

Con fortuna varia y con la ayuda de nuevos amigos, logra abrirse paso en la Vía Dolorosa de las Letras. Escribe en LA ÉPOCA -propiedad de don Agustín R. Edwards-, bajo la dirección de don Eduardo Mac-Clure, la crónica de los sucesos del día, versos y artículos literarios, y hace amistad con lo más granado de la juventud intelectual chilena.

Va teniendo relativo buen éxito, a pesar de su carácter adusto y retraído, a la vez que «descocado y antimetódico». Su labor literaria de esa época en LA ÉPOCA bien puede resumirse así: sobre un campo de ABROJOS, el Poeta canta sus OTOÑALES (RIMAS) y se va remontando al AZUL...

Entre sus ya numerosos amigos chilenos está uno que ha de ejercer gran influencia en él. Se trata de PEDRO BALMACEDA TORO -A. de Gilbert era su seudónimo-, hijo del presidente de la República don Juan Manuel Balmaceda, y quien llega a profesar un gran cariño a nuestro compatriota. Es él quien le consigue un puesto en la Aduana de Valparaíso, que Darío ejerce temporalmente y al que no regresa después de pedir una licencia; él es quien le sigue los pasos y lo insta a tomar parte en el Certamen Varela, que habría de traerle fortuna y fama.

El Certamen fue convocado por don Federico Varela, rico industrial del Norte y, a la sazón, senador por la provincia de Valparaíso.

El programa del Certamen comprendía seis temas, siendo los dos primeros los siguientes: Tema primero, Canto épico a las glorias de Chile, con premio de $600; y Tema segundo, poesías líricas, una colección de doce a quince composiciones inéditas de poesías del género sugestivo o insinuante, de que es tipo el poeta español Gustavo A. Bécquer, con premio de $500.

El Jurado estaría formado por don José Victorino Lastarria, don Diego Barros Arana y don Manuel Blanco Cuartín, nombres que por sí solos daban lustre y distinción a la empresa.

Pedro Balmaceda escribe a Rubén Darío, en junio de 1887, a Valparaíso: «El plazo expira el 1.o de agosto. Trabaja y obtendrás el premio, un premio en dinero, que es la gran poesía de los pobres». Y Darío, siguiendo el consejo de su amigo, se puso a trabajar.

«Viejas disputas sobre el litoral boliviano de Antofagasta culminaron en 1879: Chile entró en guerra con Bolivia y con el Perú, su aliado secreto. En el puerto peruano de Iquique, la vieja corbeta chilena *Esmeralda*, al mando de Arturo Prat, se hundió espartanamente, en victoriosa derrota. Ese heroísmo canta R. D., en primer término, aunque ya iluminándolo con el fin de esa guerra, en que Chile venció al Perú, hasta la ocupación militar de Lima» (Alfonso Méndez Plancarte, Rubén Darío, *Poesías completas*, edición Aguilar, 1952, p. 1274).

Para el tema primero, Canto épico a las glorias de Chile, del Certamen Varela, se presentaron seis composiciones, y la de Rubén Darío fue presentada bajo su seudónimo nicaragüense de URSUS.

Para el tema segundo, o sea el de las imitaciones de Bécquer, el Jurado recibió 47 grupos diversos y las OTOÑALES (RIMAS) de Rubén Darío fueron entregadas bajo el seudónimo de IMBERTO GALLOIX, «nombre que corresponde al de un poeta suizo de lengua francesa (1807-28), celebrado por Saint-Beuve y Víctor Hugo. Sus composiciones fueron recogidas solo en 1834» (R. S. C., o. c., p. 179).

El Jurado puso término a sus labores el día 8 de septiembre de 1887, y se procedió a la apertura de los sobres que contenían la identificación de los seudónimos usados. El premio del primer tema fue repartido entre Rubén Darío y Pedro Nolasco Préndez.

«El señor Rubén Darío -informaba la crónica de LA ÉPOCA al día siguiente- no asistió a recibir su premio»; Préndez, en cambio, que se presentó, dio lectura a su canto épico premiado *ex aequo* con el de aquel (R. S. C., o. c., p. 172).

El Canto, con el título de LA GUERRA DEL PACÍFICO, apareció en LA ÉPOCA, de Santiago de Chile, el 9 de octubre de 1887, con una elogiosa crítica de Jorge Huneeus Gana, y en diciembre, en el volumen *Certamen Varela*, Santiago de Chile, Imprenta Cervantes, 1887, pp. 52-66: CANTO ÉPICO A LAS GLORIAS DE CHILE, por don Rubén Darío (URSUS), premiado.

El poema fue recibido con elogios por la intelectualidad chilena, y aunque fue justamente criticado por las definidas deficiencias de que adolecía, fue apreciado por su indudable majestuosidad.

Las OTOÑALES (RIMAS), presentadas, como hemos dicho, bajo el seudónimo de IMBERTO GALLOIX, merecieron del Jurado el siguiente elogioso comentario:

> *«Estas catorce composiciones son originales por su concepto y por su disposición, que es enteramente artística y está expresada en versos fluidos y sonoros. Todas ellas corresponden al tema segundo, y no hay una que por la profundidad de su estilo no llame la atención, haciendo pensar. Son enteramente del género de Bécquer» (cita de R. S. C., o. c., p. 180).*

Debido al profuso número -47- de rimas a la manera de Bécquer presentadas al Certamen, el Jurado dispuso premiar, no con dinero, sino con la publicación en el libro del Certamen, las de 19 autores, entre los que se encontraba -el quinto en la lista- Rubén Darío.

A pesar de que el mecenas chileno, señor Varela, había explícitamente invitado a participar a todos, experimentados y noveles escritores, estos últimos resintieron la presencia en el Certamen de escritores ya consagrados como Barros, Grez y Eduardo de la Barra.

GIL PÉREZ (seudónimo de José Gregorio Ossa) dio la voz de alarma en un artículo publicado en LA ÉPOCA el 13 de septiembre de 1887. ARGOS (seudónimo de Eduardo de la Barra) replicó en verso «con incisiva agresividad». Rubén Darío se mantuvo alejado de la polémica, por dignidad y nobleza.

Mas no paró allí don Eduardo de la Barra. Poco tiempo después apareció un folleto que contenía LAS ROSAS ANDINAS, «nueva y más perfecta muestra de la estupenda habilidad de Eduardo de la Barra para versificar». Seguían a estas las OTOÑALES (RIMAS) de Rubén Darío, y luego las CONTRA-RIMAS que, bajo el seudónimo de RUBÉN RUBÍ, había escrito el poeta chileno, que no eran sino parodias de las de nuestro Vate.

Mientras el nicaragüense dice:

En la pálida tarde se hundía el sol en su ocaso, con la faz rubicunda en un nimbo de polvo dorado,

el chileno parodia:

En la cálida costa se hundía el sol en su ocaso, con la faz rubicunda y ardiente de gringo borracho.

No se molestó Rubén por la parodia de sus RIMAS, pues sabía que no se parodia sino lo bueno. Su amistad con don Eduardo de la Barra no sufrió en manera alguna; antes, por el contrario, fue él el brillante prologuista de AZUL... (Véase R. S. C., o. c., p. 193 y sigs.).

Después del Certamen Varela, abandona Rubén Darío el uso de otro seudónimo que no fuera el suyo propio, ya consagrado por la fama como su verdadero y legítimo nombre.

Con la publicación de AZUL..., su nombre adquiere renombre. Y no debe -ni puede ya- ocultarlo.

«¡EL ARTE SE HA LUCIDO!» (Rubén Darío en *Ecce Homo*).

SEGUNDA PARTE

1

Han transcurrido cerca de veinte años.

En 1907, en el mes de septiembre, aparecieron en EL COMERCIO, de Managua, Nicaragua, unos artículos firmados con el seudónimo de FRAY PATRICIO CORTÉS, titulados LAUROS.

Los artículos eran de crítica literaria de nuestro RUBÉN DARÍO, cuya apoteósica visita se anunciaba ya. Un estilo ameno y castizo era evidente en el trabajo de FRAY PATRICIO CORTÉS.

LAUROS suscitaron gran revuelo en los círculos literarios del país. Hubo una gran agitación intelectual. Parecía un revuelo de águilas a la llegada del Cóndor. Con el aleteo, otras aves menores alzaron también el vuelo y mostraron las fuerzas de sus alas, o la de sus anhelos.

Mas ¿quién era FRAY PATRICIO CORTÉS?

Era, nada menos que monseñor JOSÉ ANTONIO LEZCANO Y ORTEGA, entonces conocido como el padre Lezcano y, por sus íntimos, como el padre Toña.

Fue monseñor José Antonio Lezcano y Ortega (m. en 1952), primer arzobispo de Managua, además de Caballero Andante de la Cruz, como santo sacerdote, Caballero Andante de las Letras, como magnífico escritor. A esos dos cultos dedicó su vida entera, rica en frutos.

Para ilustración y deleite de nuestros lectores, transcribimos a continuación, íntegramente, los artículos poco conocidos de FRAY PATRICIO CORTÉS:

LAUROS

I

Dentro de poco vendrá a nosotros Rubén Darío, gloria insigne de nuestra Patria, que si en el orden político se dice la de Máximo Jerez, en el literario es, sin disputa, la de nuestro gran poeta.

Con este motivo, notoriamente fausto, nos complacemos en dar a conocer algunos datos muy interesantes acerca de esta notable personalidad, o *super-hombre*, como lo han llamado allá, en donde brilla el talento sin las sombras de la envidia lugareña.

II

Darío es padre del decadentismo, con Verlaine, Ghil, con Fontainas y otros; y ellos mismos dieron este nombre a su género de literatura, sin que se haya podido averiguar si esa palabra viene de *decaer* o *decaecer*, pues en ambos supuestos se significa lo que se ha querido significar: un estilo fácil, sin trabas de ningún género, que permite a la inteligencia toda clase de altos vuelos e inmensas trayectorias, en fervorosa adoración de «la forma por la forma».

III

Darío es poeta, pero, según su propia declaración, no es poeta para las muchedumbres; lo que fácilmente puede comprobar todo aquel que logra la dicha de leer las luminosas producciones del laureado literato. A las pocas líneas se hallará ese feliz lector saboreando lo desconocido, lo misterioso, lo casi incomprensible, lo infinito, y gratamente obligado a buscar anheloso el brillante y oculto pensamiento del autor, que como verdadero genio se cierne en regiones de águilas, vedadas al impotente vuelo de minúsculos pajarillos y, más aún, al débil aleteo de miserables insectos.

Cuando este gran favorito de las musas entra en el templo de Minerva, pulsando inspirado la lira de Apolo, allí solo entrarán, formando su envidiable séquito, los privilegiados del talento; ante las cerradas puertas del luminoso recinto quedarán las muchedumbres, deleitándose en la percepción fantástica de melodías que otros escuchan y de exquisitos aromas que ajenos olfatos aspiran; y la Fama, entre tanto, pregonará por doquiera los méritos publicados por el célebre aforismo de Tácito: «*Omne ignotum pro magnifico est*. Lo desconocido e incomprensible se estima magnífico».

IV

Se cuenta de Víctor Hugo que, dictando sus pensamientos a uno de sus discípulos, este le hizo observar que en una frase la palabra empleada no era francesa; a lo que respondió el maestro máximo:

-¡Si no es francesa, lo será!

De esta laya es nuestro Rubén: sus brillantes pensamientos jamás quedarán sin expresión por falta de vocablos; si no existen en nuestra lengua, los tomará de otra extranjera o los creará él mismo, dándolos a luz como perlas finísimas del océano sin límites de su rica fantasía.

V

En el diccionario dariano, como en un delicioso vergel, encontramos, entre otras, las siguientes flores, o palabras: como verbos, *gemar*, *desrazonar*, *florar*, *macizar* y *aquilosar*, de la primera conjugación; *esplender* y *obseder*, de la segunda; *revenir* y *devenir*, de la tercera. Haciendo de nombres: *arribismo*, *literaturismo*, *mentalidad*, *floración* y *siringa*. Sirviendo de adjetivos: *ancestral*, *bicorne*, *aquilosado*, *mistermanochesco*. Y como frases ya engarzadas: *mulatez intelectual* y *chatura estética*.

Ni esos vocablos ni esas frases son castellano, pero lo serán si el decadentismo sostuviere sus prestigios, mal que les pese a los que pretenden sujetar, en las rutinarias normas de la claridad, de la concisión y del buen sentido, las sublimes expresiones del pensamiento, idólatra de la belleza en la forma y en el sonido.

VI

La virtud generativa de Darío da existencia no solamente a palabras y frases, sino también a propiedades novísimas en ciertos seres, que jamás soñaron adquirirlas en parte alguna, ni en los muy amplios dominios de la metáfora.

De este modo ha resultado que las melodías tienen color, lo mismo que cada uno de los sonidos, que son ya verdes, ya rojos, ya morados; a su turno, los colores llegan a tener sonido y con acentos mentales; la tarde se vuelve capaz de embriagarse con el azul, al par que las almas se tornan sangrientas; y Dios, creído de todos un ser simplísimo, se liquidifica en este magnífico verso:

> *Pues más de una vez me has brindado*
> *En la copa de mi dolor,*
> *Con el elíxir de la luna*
> *Calientes gotas de Dios.*

VII

Toda esta potencia creadora le viene a nuestro meritísimo compatriota, ya de su espíritu de independencia intelectual, entendida como se expresa en la siguiente plegaria:

> *De las epidemias de horribles blasfemias*
> *De las Academias:*
> *Líbranos, Señor.*

Ya de la sinceridad de su alma, que él mismo nos declara en este canto:

> *Todo ansia, todo ardor, sensación pura*
> *Y vigor natural y sin falsía,*
> *Y sin comedia y sin literatura:*
> *Si hay una alma sincera, esa es la mía.*

VIII

Corresponde a don Rubén Darío, por derecho pleno, el mérito todo entero de la aplicación y uso, en la prosa, de períodos cortísimos de un renglón y también de un medio, de un cuarto y hasta de un octavo de renglón; lo que se realiza sin detrimento de la claridad, la que no deja de existir, siquiera sea como relámpagos, tanto mejores cuanto más fugaces, para estímulo de la imaginación ávida, siempre, de encantadoras ilusiones.

Por modelo de esa claridad entrecortada, que viene a ser una especie de gracioso parpadeo intelectual, tenemos esto:

> *Me despedía no sin cierta inquietud.*
> *Era ya la noche.*
> *Un tranvía eléctrico paró ante mi vista.*
> *Subí y partí.*

Y esto, también:

> *Tenía un nombre de lujosa exportación.*
> *No era pariente del autor de Adolfo.*
> *Su verba pictórica es innegable.*
> *Vibra y esplende.*
> *Es una categoría de museo.*
> *No es amable.*

(*Elogio de Benjamín Constant*.)

Ciertos gacetilleros de por acá se han atrevido a escribir:

> *Riñeron un hombre y una mujer.*
> *El gallo-gallina fue a la cárcel.*
> *La gallina-gallo quedó en libertad.*
> *Era cuestión de un él.*
> *O tal vez de una ella.*

Pero este estilo, si bien inteligible y tiene bastante parecido, aparente, con el de nuestro Rubén, no puede autorizarse de modo alguno, porque es pedestre, no volátil; de origen plebeyo, no magistral.

Este estilo magistral, en períodos muy cortos, felizmente inventado, tiene grandes consecuencias: desobliga de relacionar las ideas, lo que tan dura labor impone a la mente; evita el empleo de las conjunciones, tan enojoso por lo difícil; y, aplicado a la prensa periódica, la hace doblemente periódica, le gasta más papel al llenar mayor espacio y le mejora el precio de remitidos y de avisos que se cobran por líneas.

¡Peregrina invención, digna de encomio, por la que se ha logrado la completa armonía de los encantos del ideal con las ventajas materiales!

IX

En su calidad de ciudadano del Parnaso, don Rubén tiene una facultad que le es propia e intrasmisible: la de embellecer todo lo que cae bajo la influencia de su estro poético, de modo análogo a los golpes de luz coloreante sobre las decoraciones de un teatro, que revisten de encanto lo mismo a Venus que a Vulcano, a igual de una blanca paloma a un horrible sapo.

Hasta el bienhadado advenimiento del decadentismo, los poetas buscaban la belleza en donde existía, para revelarla a la multitud incapaz de encontrarla por sí misma. La belleza apacible nos la mostraban en el murmullo de la fuente, en el cáliz de la azucena, en el céfiro, en el rocío; la imponente, en el rugir de la tempestad, en la espesura del bosque, en la soledad de un cementerio; y la ideal, en el amor, en la virtud, en lo divino, etcétera. Pero jamás se les ocurrió, por inepcia seguramente, producir la belleza con gran facilidad en objetos feos de suyo, con solo vestirlos con las galas de la poesía.

Este gran progreso y este triunfo estaban reservados al que, en su cuna, fue acariciado por las brisas de nuestros lagos y los perfumes de nuestras montañas.

Por otra parte, aquellos poetas acostumbraban, al hacer sus versos, pedir solamente lo que habían menester: la inspiración, dulce acento, angélicas melodías; y si tenían que cantar exigían liras, salterios, flautas, pitos, así como pudieran haber querido marimbas, guitarras y quijongos, siéndoles conducentes. Otras cosas no las apetecían por no tener en qué ocuparlas.

El dignísimo representante de la poesía moderna, tratando con las musas, hace otra clase de pedidos y tiene muy diversas exigencias.

He aquí los documentos de la obra realizada y del cambio de ingredientes para versificar:

> *Pasó un gerifalte (especie de gavilán).*
> *¡Oh gerifalte!*
> *Dame tus uñas largas,*
> *Y tus ágiles alas cortadoras de viento,*
> *Y tus ágiles patas,*
> *Y tus uñas que bien se hunden*
> *En la carne de la caza.*
>
> *Pasa un murciélago.*
> *Pasa una mosca. Un moscardón.*
> *Una abeja en el crepúsculo.*
> *No pasa nada.*
> *La muerte llegó.*

En donde, en esas citas y perlas de *Cantos de vida*, aparecen hermoseados, o mejor, diluidos en el elíxir de la luna, el gavilán, el murciélago, el moscardón; y siendo objetos nobilísimos de los sublimes anhelos del poeta las ágiles patas, las uñas largas y las otras uñas, que bien se hunden. ¿Qué más podría desearse?

Mas no se piense que a toda fealdad la favorezca nuestro poeta con su mágico poder: facultades que no se ejercen al arbitrio son defectuosas. Cuando se trata de las estatuas religiosas que él vio en la Semana Santa de Sevilla, de «los santos macabros y de los Cristos lívidos y sangrientos» de las procesiones en el Sur de España, a esos los deja como eran, sumidos en la desgracia que sufrimos los que no nacimos bonitos, ni con la buena suerte del murciélago que pasó en el crepúsculo y del moscardón su compañero.

X

Tiene Darío una tan bien sentada fama que en ella, como sobre una inconmovible roca, se estrellará desautorizada cualquiera crítica que se intente.

Para convencernos de ello, pongamos un ejemplo: si leyéndose en la «Salutación a Leonardo»:

> *Maestro: Pomona levanta su cesto. Tu extirpe*
> *saluda la Aurora ¡Tu aurora! Que estirpe*
> *de la indiferencia la mancha; que gaste*

> *la dura cadena de siglos; que aplaste*
> *al sapo la piedra de su honda.*

alguno objetara que la primera *extirpe* es con la *s* que se puso en la segunda, en vez de la *x* que allí corresponde, mil voces testificarían, echando la culpa a cualquiera menos al Maestro, que esos fueron errores de imprenta.

Y a quien, con candorosa ingenuidad, se atreviera a declarar que no ha entendido palabra ni nada en los transcritos rítmicos renglones, todos le diríamos al punto, aun sin haber entendido tampoco: «¡Hijo infeliz de la vulgar muchedumbre, la oscuridad no está en el objeto, sino en el sujeto; está en ti, en tus ojos de ave nocturna deslumbrados por la claridad de un sol meridiano!».

Tratándose del Maestro admirable y admirado, nadie puede atreverse a no entenderle, bajo la pena de quedar relegado a la muchedumbre de la inculta plebe, y:

> *De la pesadumbre,*
> *De la fea herrumbre,*
> *De ser muchedumbre:*
> *¡Líbranos, Señor!*

XI

En el simple hombre, el tener algunas cualidades fue siempre perfección, y en que las tuviera todas consistía su acabada perfectibilidad; pero en un *super-hombre* el perfeccionamiento, como era de esperar, alcanza altitudes sobrehumanas, a un *summum* que consiste en hacer de los defectos primorosas gracias y relevantes cualidades.

Tal sucede con el esclarecido nicaragüense que llena el mundo literario con su renombre: en él, la extravagancia es sublime, la ambigüedad esplendente, los caprichos excelsos, los errores soberanos.

Esta suma perfección nos era desconocida, pues apenas pudimos barruntarla, en lo porvenir, en aquella, la más perfecta joroba, que se dijo tenía un jorobado.

En consecuencia, cuando algún pretencioso, en mala hora, osó tildar a don Rubén de oscuridad en sus escritos, se contestó con firmeza: «Si el Maestro es oscuro algunas veces, lo hace adrede».

Lo cual es muy bien dicho y una verdad como un templo.

Ya hemos visto la claridad con que pide al Señor que lo libre «de las epidemias, de las blasfemias, de las Academias»; pues con mayor claridad aún dice de esos, para él, antros de la claridad intelectual, la que va enseguida, quizá no del agrado de los literatos de antaño:

> *La Academia une, después de todo, a los hombres de genio que alberga como a los mediocres de espíritu resplandecientes de apellidos, en una misma tarea, vaga y eterna: hacer el Diccionario.*

Claridad radiante, que se hizo necesaria para resplandecer de grandeza, arremetiendo pujante los cimientos seculares de beneméritas instituciones, ya bastante maltrechos por la superhumana burla de aquel amargo epitafio:

> *Yace aquí Filón, quien nada era,*
> *ni académico siquiera.*

Si lo dicho anteriormente sobre los errores que se achacan a la tipografía basta para demostrar que quien osa criticar al Maestro recibirá la maldición del cielo, pues estos errores los comete adrede.

¡Adrede! Para encontrar la luz en las sombras; para elevarse sobre lo común y ordinario; para darnos derecho a exclamar, con el lenguaje del despotismo, del triunfo en la boca de un bárbaro: *Vae victis!* ¡Ay de los vencidos! De los creyentes en Academias y en los *Ars dicendi*, de las almas sin ardor ni sensación pura, y con comedia y con literatura.

XII

Al ser recibido el ilustre Pereda en la Academia Española se dijo en su alabanza que daba vida, vigor y unidad a sus escritos la firmeza de su convicción religiosa, que lo libertaba del vaivén de las opiniones.

Algo parecido podemos decir en loor de nuestro Darío, no precisamente del conjunto de sus trabajos literarios, sino de cada uno de ellos: están escritos sin vaivenes, no yendo ni viniendo, ni pasando del uno al otro una misma convicción del escritor. Veámoslo.

Convencido de la nada, dijo:

> *Y la carne que tienta con sus verdes racimos,*
> *y la tumba que aguarda con sus fúnebres ramos,*
> *y no saber a dónde vamos*
> *ni de dónde venimos.*

Convencido de que hay algo, cantó en «La muerte de Rafael Núñez»:

> *La negra barca*
> *llegó a la ansiada costa, y el sublime*
> *Espíritu gozó la suma gracia*
> *y ¡oh Montaigne! Núñez vio la cruz erguirse*
> *y halló al pie de la sacra Vencedora (la cruz)*
> *el helado cadáver de la Esfinge.*

Convencido de la existencia de todo, de Dios, de lo sobrenatural y del demonio, escribió acerca de los milagros de Lourdes:

> *No creo que esos milagros sean hechos por Dios, y si no lo son, son obra de su enemigo. Son obra del genio del mal. De la entidad Demonio.*

Y así en todo lo demás: convencido en cada asunto, con vigor y sin vaivenes.

*

Lo que sigue ya no son lauros: es una noble vindicación.

Todo tiene su pro y su contra, y de esta regla no podía exceptuarse la refulgente estrella de nuestro eximio compatriota.

Le pasa a don Rubén lo que a ciertas mujeres honestas, que por demasiado sonrientes y afables no se las respeta y les sobreviene la calamidad de que muchos se atreven con ellas.

El estilo de Darío es tan emancipado de reglas, tan sin dificultades retóricas, tan abundante en recursos, tan poco exigente de sentido, en una palabra, tan fácil, risueño y bonito, que todos se le atreven y le faltan al respeto tratando de imitarlo.

Brotan decadentes, y entre estudiantes noveles como en terreno abonado, con la abundancia de las yerbas al caer las lluvias primaverales. Aglomeran adjetivos y nombres unos sobre otros, los más estrambóticos y raros de preferencia; ya aglomerados, los hilvanan o los aglutinan con cualquier cosa, menos con sintaxis; dan a cada frase y al final de los períodos la nota más alta del diapasón, y escrito todo de manera que nadie pueda entender lo que se quiso decir. Así creen ellos, estos desgraciados profanadores del sacro fuego de la inspiración, que imitan a Darío, que son escritores darianos y decadentes de pura sangre.

¡Mentecatos!, que no recuerdan que allí mismo en donde salta el brioso corcel se atascan los torpes pollinos, y que para ser maestro, y más el Maestro Darío, se necesita mucho, muchísimo: todo lo que se compendia en el refrán popular «vale más caer en gracia que ser gracioso», y ser un genio verdadero como lo es él.

Lo decimos de corazón.

FRAY PATRICIO CORTÉS

Nota del autor: Estos artículos aparecieron en EL COMERCIO, de Managua, en los números correspondientes al 19, 21, 24 y 27 de septiembre de 1907.

Como decíamos, LAUROS suscitaron gran revuelo en los círculos literarios del país. El doctor FELIPE IBARRA, notable jurisconsulto, gramático insigne, maestro y amigo de RUBÉN DARÍO, bajo el seudónimo de PÁRMENO publicó unas brillantes CUARTILLAS LITERARIAS en contestación a FRAY PATRICIO CORTÉS y en defensa del Genio.

PÁRMENO, a nuestro juicio, llevó hasta el extremo su exigencia por la corrección gramatical en su polémica con FRAY PATRICIO CORTÉS. A la simple lectura de sus CUARTILLAS se verá que abandona lo literario -magistralmente tratado- para caer en lo gramático, dejando los LAUROS de FRAY PATRICIO un tanto desempolvados, pero no maltrechos.

He aquí las CUARTILLAS LITERARIAS de PÁRMENO, o sea, el doctor Felipe Ibarra:

CUARTILLAS LITERARIAS

Rubén Darío

I

Una buena pluma, que se esconde en el seudónimo de FRAY PATRICIO CORTÉS, escribió en varios números de EL COMERCIO, con el título de LAUROS, a fines de septiembre próximo anterior, un largo artículo tendiente a «dar a conocer algunos datos interesantes» relativos al carácter poético de las obras de Rubén Darío, de quien dice que «es padre del decadentismo, con Verlaine, Ghil, Fontaine y otros».

A primera faz, parece que ese artículo es una brillante laudatoria para Rubén, un verdadero lauro que Su Reverencia ha venido a colocar sobre la frente del poeta. Parece también que es una poderosa defensora en pro del decadentismo y de la innúmera gavilla de los llamados intelectuales, que son los que siguen esta nueva escuela literaria.

Pero quien así juzgue indudablemente comportará una decepción, porque, aun los ties y gofos, leyendo ese escrito y especulándolo de cabo a cabo, caerán desde luego en que él no es más que una delicada y primorosa crítica, una amarga censura para Darío y sus secuaces, toda ella exquisitamente elaborada con sublimes ironías; en la cual se nota, a ojos vistas, que cada período es una sátira, cada párrafo un epigrama, cada cláusula una puya, cada oración un chiste, cada frase una carcajada, cada término un sarcasmo; todo esto envuelto en uno como cendal finísimo bordado con hilos de oro, en que aparece el retrato del autor de *Prosas profanas*, sobre el monte Helicón, rodeado de las musas y coronado de rosas y laureles, con su esplendente nimbo de poesía y entre nubes tan diáfanas y vistosas como los blondos arreboles del cielo al atardecer de un día primaveral.

Esto, no embargante, no es más que una perspectiva fantasmagórica, un ilusorio espejismo que se desvanece al punto si el lector fija su mirada en el fondo, a través de la gasa transparente en que el bendito fraile, socarrón y gravedoso, y a un mismo tiempo comiéndose de risa, dibujó tan bello cuadro. (*El Comercio*, 6-XI-1907.)

II

Las aseveraciones precedentes son verdades como puños. Fray Patricio Cortés dice que Darío es «una notable personalidad, que como verdadero genio se cierne en regiones de águilas»; que «cuando este gran favorito de las musas entra en el templo de Minerva, pulsando inspirado la lira de Apolo, allí solo estarán, formando su envidiable séquito, los privilegiados del talento».

Lo pone de tal guisa hasta los cuernos de la Luna, que lo confiere con Víctor Hugo, a cuya «laya» asegura pertenece nuestro gran poeta; y para demostrarlo, adrede hizo a un lado las bellísimas producciones de Rubén, en prosa y verso, y entre lo malo que este ha publicado fue curioso en escoger lo peor.

Acerca de esto comienza diciendo que «Dios, creído de todos un ser simplísimo, se liquidifica en este magnífico verso»:

> *Pues más de una vez me has brindado*
> *en la copa de mi dolor,*
> *con el elíxir de la luna*
> *calientes gotas de Dios.*

Cuando yo leía esta estrofa, asociado de varios amigos, uno de estos -hombre cordato y leído- manifestó que no podía alcanzarla, que se había quedado completamente *in albis*. Entonces un intelectual que era uno de los circunstantes, irguiendo la cabeza y espetándose mucho, dijo, en su lenguaje decadente, lo que yo vierto al romance de este modo:

«El vulgo ciego no comprende ni puede comprender el pensamiento del autor por ser muy elevado y metafísico. Fray Patricio Cortés sí lo ha entendido, porque sabe más que Briján. *Elíxir* no solo significa piedra filosofal o un licor médico usado principalmente como estomacal, sino también “medicamento o remedio maravilloso”, que puede no ser líquido, sino sólido, blando, papandujo o de otra naturaleza. Es bien sabido que la luz apacible del satélite de la Tierra llamado “astro de los amantes” es una medicina admirable para curar males de amor. Por consiguiente, “el elíxir de la luna” es un tropo bellísimo, una metáfora incomparable, digna de figurar entre las mejores que han producido los grandes ingenios de la poesía.

»Y por lo que hace a "calientes gotas de Dios", debe decirse lo mismo. Este verso es contentivo de otra metáfora magnífica, primorosamente cincelada en un diamante de Golconda; es un inimitable broche de oro guarnecido de perlas, brillantes, cornalinas y rubíes. El Dios de que en él se habla no es el Supremo Hacedor y regulador del universo que veneran los cristianos, sino el dios fabuloso conocido con el nombre de Baco, y por eso se llaman bacanales las fiestas que antiguamente celebraban los gentiles en honor de esta divinidad mitológica, y hoy se denomina bacanal toda orgía en que hay mucho desorden y confusión; es decir, todo festín en que se escancia el vino de manera profusa, en que los del convite comen y beben inmoderadamente y cometen otros excesos.

»De modo que el verso "calientes gotas de Dios" quiere decir, en lenguaje ramplón: gotas de aguardiente, vino u otro líquido espiritoso o embriagante. Ahora bien, nadie puede poner en duda que las bebidas alcohólicas son un poderoso anodino para calmar nuestros dolores, físicos o morales, aun aquellos que provienen de la ingratitud y nequicia de los hombres. Con esta explicación, léase nuevamente la consabida estrofa, y se verá que toda ella es un modelo perfectísimo de la gaya ciencia, una verdadera joya literaria de inestimable valor artístico». (*El Comercio*, 7-XI-1907.)

III

Clausurado el discurso contenido en el párrafo anterior, uno de los oyentes, algo instruido en el idioma, profirió repetidas veces, aun con énfasis, la palabra *elixir* -así como aquí la escribo-, es decir, pronunciándola como aguda y no como llana o paroxítona, y observó que, por ley de etimología, es más correcto *elixir* que *elíxir*, según la respetable opinión de la Real Academia Española y de todos los gramáticos, así como deben preferirse, respectivamente, *égida, medula, conclave* a *egida, médula* y *cónclave*, pues aunque es lícito el empleo que suele hacerse de los tres últimos, debe darse la preferencia a los tres primeros, por ser más originalmente castizos.

Estas palabras amostazaron al intelectual, quien, al proviso, como un paparrabias, soltó la maldita y habló así, poco más o menos:

«Esas no son más que inanes gramatiquerías de los estultos; verdaderas antiguallas de los viejos clásicos, que están preteridas en la moderna literatura. Escrito está por Berisso, un glorioso intelectual argentino: "Es necesario echarles la gramática a los perros", y el maestro Rubén ha dicho:

> *De las epidemias*
> *de horribles blasfemias*
> *de las Academias:*
> *Líbranos, Señor.*

»Esta vehementísima estancia, que es un látigo de fuego, un acicate de llamas con que Darío ha quemado el rostro de los académicos y de todos los clásicos, esos verdugos del pensamiento, cuyas alas aprisionan con los pesados hierros de las reglas, ha sido aplaudida calurosamente por FRAY PATRICIO CORTÉS, hombre entendido, valentísimo sabio y lince además, que descubre, penetra y admira, con intuición maravillosa, la justicia en el derecho, el bien en el orden social, la verdad en la ciencia, la armonía en el sonido, la belleza en el arte».

De estos encomios para el articulista y de lo que he oído manifestar en igual sentido a varios lectores de EL COMERCIO, yo deduzco naturalmente que dicho intelectual y otras personas han caído en el señuelo, y por esto he determinado escribir estas cuartillas, con el fin de evidenciar a los papanatas que FRAY PATRICIO no es más que un Gavroche enmascarado, un supercrítico, muy culto y ladino, cubierto con embozo y capa de seda.

IV

FRAY PATRICIO CORTÉS, para disfrazarse más y encubrir sus pícaras intenciones, gratuló a Prado (J. B.), un pipiolo decadente, pero muy fogoso y chispeante, por lo que este escribió en EL COMERCIO, loando a Darío y poniendo como chupa de dómine a GAVROCHE, a quien baldonó rudamente y dejó cariacontecido y maltrecho por haber osado criticar a Rubén. Además, FRAY PATRICIO, para fingirse decadente, aposta usó en algunos pasos de su artículo notables gazapatones.

En el artículo V de su escrito dice que «en el diccionario dariano encontró las flores o palabras que nomina», entre otras los verbos *florar* y *macizar*, de la primera conjugación; *esplender*, de la segunda; *revenir* y *devenir*, de la tercera; el sustantivo *floración* y el adjetivo *bicorne*; los cuales afirma que no son castellanos, a pesar de que sabe perfectamente que sí lo son, así como no ignora que, si *devenir* ya no se usa por ser un arcaísmo, este verbo todavía figura en el léxico español con la nota de anticuado.

¡Solo por mera picardía nos explicó el malicioso Fraile que los verbos que dejo transcritos y los otros que también apuntó en el referido pasaje pertenecen, respectivamente, a la primera, a la segunda y a la tercera conjugación!

En el artículo VI ya hemos visto que empleó la inflexión verbal *liquidifica*, en vez de la forma *liquida*, teniendo conciencia de que la primera no es castellana; que designó con el nombre de flores a las palabras; y que llamó verso a la estrofa de las «calientes gotas de Dios», confundiendo así el nombre de la parte con el del todo, sin duda para hacerse creer que de esta suerte él ha cometido la figura retórica llamada sinécdoque. (*El Comercio*, 9-XI-1907.)

V

De propósito incurrió a cada paso en visibles cacofonías y solecismos, entre ellos los siguientes:

«Corresponde a don Rubén Darío, por derecho pleno, el mérito todo entero», etc. (art. VIII). «Derecho pleno, mérito todo entero» constituye la más perfecta cacofonía, si puede haber perfección en lo deforme.

«En su calidad de ciudadano del Parnaso, don Rubén tiene una cualidad que le es propia e intrasmisible: lo de embellecer...» (Este *lo*, usado en vez del artículo femenino *la*, que exigía la concordancia, debe ser un error de imprenta, no gazapo del autor de LAUROS, lo mismo que *exijían, exijencias, exijente* y *cálix*, que están más adelante, así como quedan escritos, es decir, los tres primeros con *j* y el último con *x*, en lugar de la *g* y *z* que, respectivamente, debieran tener.) «...todo lo que cae bajo la influencia de su estro poético, de modo análogo a los golpes de luz coloreante sobre las decoraciones de un teatro, que revisten de encantos lo mismo a Venus que a Vulcano, a igual de una blanca paloma a un horrible sapo» (art. IX).

Esto es puro decadentismo. ¡Cómo lo imita perfectamente el bien hablado y picaresco Fraile! Sobre todo, la construcción última, «igual de una blanca paloma a un horrible sapo», es una brillante perla decadente; *perla* quise decir.

Porque el decadentismo se distingue de las demás escuelas literarias, principalmente, en que destroza y corrompe el idioma y la literatura, pues desaira y atropella, sin miramiento alguno, la Ortografía, la Sintaxis, la Retórica, la Lógica y hasta el sentido común; en virtud de lo cual todo lo escrito por los copleros y prosadores decadentes casi siempre resulta incomprensible, misterioso, indescifrable.

(1) GAVROCHE: seudónimo de don Félix Medina, escritor y crítico de León de Nicaragua.

El decadentismo es una asquerosa lepra moral que ha contaminado a gran parte de la juventud de la América Latina, causando en ella muchos estragos. Es un mal gravísimo, una peste, ya endémica entre nosotros, que debe ser combatida y extirpada con la mayor energía. En resolución, es el anarquismo literario que, a semejanza del anarquismo político, pretende arrasarlo todo, hasta acabar con la república de las letras, lo que, *Deo volente*, no podrá conseguir jamás, pues está de Dios que el decadentismo, tan nocente, corruptor y vitando, no podrá destruir nunca las leyes eternas, inmutables del arte. (*El Comercio*, 20-XI-1907.)

VI

Como lógica secuela emergente del párrafo anterior, el decadentismo, en sus números y prosa, usa únicamente barbarismos, solecismos y toda clase de vicios de dicción y construcción.

Así dice *florestación* por *floresta*; *luz auroral* por *luz de la aurora*; *orquestación* por *orquesta*; *silente* por *silencioso*; *enflorar* por *florear*; *desapercibido* por *inadvertido*; *quedó de venir* por *quedó en venir*; *entró a Catedral* por *entró en la Catedral*; *se fue de estampida* por *salió* o *partió de estampía*; *fronamenta* (Julio Flórez) por *frenada*; *nubazón* por *nubarrón*; *bocacalles* por *bocacalles*; «la lora y Manuelito» (José de la Aguja, seudónimo de Anselmo Fletes Bolaños) por «el loro y Manuelito»; *la tigra* por *la tigre*; «¡Qué ante sus Carlos no hayan idiotas! Y que hayan Fernandos como el Católico», en lugar de «¡Que ante sus Carlos no haya idiotas! ¡Y que haya Fernandos como el Católico!» («Por España», artículo de A. Zúñiga y U., publicado en EL COMERCIO del domingo anterior); *sauco* por *saúco*; *miopía* por *miopía*; *Arquímedes* por *Arquímedes*; *Espartaco* por *Espártaco*; «pone pie en la tierra americana», «incomprendido», continente que pertenece «de un todo», «remembrar» y «esta efeméride», en vez de «pone los pies en la tierra americana», «incomprensible», continente que «del todo» o «en un todo» o «de todo en todo» pertenece, «rememorar» o «recordar» y «estas efemérides» (E. H., EL COMERCIO del 12 del corriente); lo mismo que «vida que se desdobla en el viacrucis, el éxodo de las humillaciones y penalidades» y «memoria doliente», del mismo E. H. (Emiliano Hernández), lo que no expreso en castellano por ser muy penosa su traducción; *Heródoto* por *Heródoto*; *Mojica* por *Mujica*; *Urcuyo* por *Urcullu*; *mancuentillas* por *gemelos*; *felónico* por *felón*; «volví en sí» por «volví en mí»; «se vende un reloj, con o sin su leontina» por «se vende un reloj, con su cadena o sin ella», etc. (*El Comercio*, 21-XI-1907.)

PÁRMENO Doctor Felipe Ibarra

Decíamos también que con el aleteo de las águilas otras aves menores batieron sus alas.

Don FÉLIX MEDINA -GAVROCHE- anunció la publicación de una especie de antología de Rubén Darío, libro que no sabemos, a ciencia cierta, si llegó a ver la luz pública, con un prólogo por él mismo en el que parece criticaba a Rubén su decadentismo.

Con ese motivo, JUAN BAUTISTA PRADO, joven y brillante escritor entonces, sostuvo una recia polémica con GAVROCHE.

A continuación copiamos el siguiente artículo:

A FÉLIX MEDINA

Insisto en que usted anda muy rezagado en asuntos literarios, y me lo confirma mucho más su contestación en *La Tarde* del 25.

Todavía usted se ha quedado hablando de decadentismo, de esa escuela literaria que brilló por un momento y desapareció hace mucho tiempo en Francia.

Hoy, como dice Stechetti, no hay escuelas, sino escritores que escriben bien y escritores que escriben mal.

Llamar a Lugones seguidor de una escuela es hasta ofender a esa gloria de la Argentina, a quien el propio Darío consideró superior a él cuando inició su personalidad literaria con la publicación de *Las montañas del oro*.

Lugones, a quien el mismo Unamuno que usted cita llamó el Víctor Hugo de la América, fue desde su aparición un original divino, y nunca un sectario de escuela que no existe.

Precisamente los que, como usted, llaman decadentismo a todo lo que sale de la vulgaridad y se escapa a la comprensión mediocre son los que han pretendido estorbar la marcha victoriosa de Rubén Darío y de los que, como él, vinieron a sacar a la América, y están sacando a la misma España, del viejo rezago de las letras. A ellos, señor Medina, mejor dicho, a ustedes, se refiere Rubén en el prólogo de *Prosas profanas*, incluyéndolos en el mismo rebaño de los que sin comprender quieren enseñar y que Remy de Gourmont retrata en el célebre personaje *Celui qui ne comprend pas*.

Esa obsesión por el pasado, ese apegamiento de molusco a lo añejo, ese horror a todo lo nuevo, ha merecido un profundo estudio de Lombroso, y la ciencia ha encontrado en ello una nueva enfermedad que ha llamado misoneísmo.

En usted se agrava la dolencia, al extremo de menospreciar mi edad, llamándome despectivamente *escritorcito*.

No pretendo ser ni eso.

Me ha hecho muy mal efecto que usted quiera recomendar en su célebre prólogo a Rubén Darío ante el público, dándole consejos, lamentando su decadencia, mutilando sus poesías y erigiéndose en un verdadero patriarca del poeta, sin duda porque se figura que Darío es el imberbe que usted conoció y que aún todavía no ha echado barba. A este propósito decía un pensador: «Los viejos se creen sabios y quieren que se respete su opinión, como si el ser estúpido durante sesenta años diera derecho a ser sabio».

Debo decirle, señor Medina, que el solo hecho de proponerme de jurado a Fletes Bolaños es una prueba más de que usted se ha quedado «tapando el sol con sombrero de cera» y de que aún no ha podido informarse quién es Rubén Darío.

No veo la mezquindad y envidia que asegura el señor Medina se opone entre nosotros a todo esfuerzo de arte. Quiero suponer mala intención en sus afirmaciones sobre el particular. Allí están las obras malas y buenas que han venido a enriquecer la naciente bibliografía patria, las cuales se han publicado sin encontrar obstáculo alguno; y si es verdad que las malas no gozan de benéfica acogida, como no la gozan en ninguna parte, en cambio a las que entre nosotros pueden calificarse de buenas el público sabe dispensarles el apoyo y aplauso que se merecen, como nobles esfuerzos y alta voluntad en favor de las Letras Patrias. Lo demás, que debe reputarse como producto de inteligencias baratas y de imaginaciones desocupadas, va a engrosar el montón anónimo reservado a los prosistas y versificadores de docena. De lo primero responden a usted los doctores Barreto y Argüello, y por lo que hace a los otros, nadie mejor que Fletes Bolaños puede informarle de la triste suerte que han corrido.

Por último: es vergonzoso que aquí en Nicaragua todavía se discuta a Darío y se pretenda «llevarlo al buen camino» por individuos que no tienen otro mérito que ser buenas personas, y precisamente en momentos en que debíamos estar agotando las flores de nuestros campos para adornar, a su regreso, las puertas de la patria.

J. B. P. *(Juan Bautista Prado) El Comercio, 28 de septiembre de 1907.*

Florecieron los críticos, por lo que, cansado del histrionismo literario de algunos -especialmente de JUAN CUERNOS (Francisco Osorno Rojas)-, J. B. P. le dirigió la siguiente misiva:

A JUAN CUERNOS

(Francisco Osorno Rojas) Granada.

He leído en el *Diario de Granada* del sábado último lo que usted publica con el rubro de *Sesta tanda*, y que aquí el doctor Burillo llama *Sesta payasada*.

Le doy las gracias por haberse acordado de este su desconocido admirador y muy servidor de usted.

Su prosa chispeante y salerosa no decae ni un momento, y ello me afirma en la creencia de que a ese paso superará usted a su maestro don Anselmo (Fletes Bolaños), y que muy pronto estará convertido en el *leader* de los *clowns* de la Sultana.

Le felicito por esto, y espero tener una nueva oportunidad para darme el placer de aplaudirlo con el mismo entusiasmo con que se aplaude a un mono que repite las piruetas que le enseñan.

Como usted, amigo mío, se va haciendo cada día más inaguantable con sus necedades y gracias de payaso, que tan solo gustan al Bachiller Comején (don Hernán Guzmán) y a don Anselmo (Fletes Bolaños), y como por otra parte veo que no hay por allí una mano caritativa que le arrebate esa pluma con que escribe tanta majadería, y que está usted a media noche -que diría Medina- en lo que es la crítica moderna, desde que Hipólito Taine y Teodoro de Banville lo dejaron en Francia, me propongo, con el permiso de usted, hacérselo saber el próximo domingo en las columnas de *El Comercio*.

Tenga paciencia, cierre esa boca, busque quien le amarre las manos y espérese para entonces.

Su obsecuente servidor,

J. B. P. *El Comercio, 23 de octubre de 1907.*

Conforme lo ofrecido, JUAN BAUTISTA PRADO, bajo el seudónimo de LUZ BLANC, publicó sus *Domingueras*, arremetidas contra todos los críticos, malandrines y follones.

He aquí los artículos de LUZ BLANC:

LOS CRÍTICOS

Domingueras I

No podemos quejarnos ya de poca literatura nacional. Fecunda va siendo la producción cada día, sobresaliendo en esa abundancia el género crítico. Para cada poeta nuevo, cuatro críticos más. Aquí, donde la ópera no se ha conocido, hemos tenido en cambio numerosísimos espectáculos de maroma, en que los chistes del *clown* hacen las delicias -como dicen los reporteros- de nuestro pueblo; y a esta escuela, sin duda, debemos en gran parte el afán de aparecer jocoso por todo y en todo.

Se ve escribir en serio a los demás; y como la condición humana principal es el egoísmo, y por ende la envidia, el que se siente incapaz para hacer otro tanto se convierte en crítico, por aquello dicho por Montalvo de que a falta de talento bien vengan las gracias del titiritero.

Podemos considerar dos clases de críticos: el crítico lenguaraz, que no publica y se contenta con afear al prójimo entre corrillos, y el crítico plumífero, o de la pluma, que publica aun cuando tenga que conseguir prestada la sal ajena de sus admirados. De estos hay muchos debutantes en la actualidad; tanto, que en todas partes se ve uno expuesto a encontrarse con un crítico.

Ocurre, por el caso, una presentación:

- Fulano de tal, servidor de usted. - Don Juanito de los Cachos, crítico de primera fuerza, purista, clásico y gracioso, para servir a usted. - Especial gusto en conocerlo. ¡Qué nombre tan raro el suyo, señor de los Cachos! - Es mi seudónimo. ¿Usted no ha oído hablar de mí? - Sí, tengo algún recuerdo. ¿Es usted de Sabanagrande, verdad? - No señor, de Granada. Tuve la dicha de nacer en la ciudad de los Guzmanes, los muy salados para escribir; y no sé si las brisas del Mombacho, que todo lo difunden, o el haber servido en la casa de uno de ellos una parienta mía muy retirada, son causa de que yo tenga tanta gracia para escribir. Debo advertir a usted que ya he leído a nuestro grande español, al maestro Valbuena, y sin duda... - No, de ningún modo, señor crítico. Usted es muy modesto. Su facilidad nació con usted, la tiene por naturaleza. Indudablemente hay causas ocultas, como dijo Grullo; pero, en todo caso, debe usted haber sentido la fuerza de la sátira hace algún tiempo. - Sí señor, desde que yo era un niño, o, para hablar castizamente -el crítico se sonríe socarronamente-, cuando era quien tiene el honor de hablar con usted un adolescente, sentía esa fuerza o disposición; pero heme decidido a usarla en esta época de asaz decadencia, como diría Moratín o Calderón, en que los insectos literarios abundan, como dijo don Enrique. - ¿Enrique? - ¡Guzmán! Verdaderos atropelladores del sentido común, sacrílegos, que ni yo les entiendo. - ¡Qué barbaridad! ¡Qué disparates! - Atrocidades contra la Epítome y la Retórica, lejos de todo sentido común. ¡Qué lejos, mi amigo, de los cánones, qué lejos de los modelos peninsulares! ¡Decadencias! ¡Decadentes! - Indudablemente, señor crítico, la sátira como usted la maneja es un arma poderosa. Usted hará una verdadera regeneración, demoliendo tanto verso malo, vapuleando a tanto decadente, y su nombre brillará con letras de oro en las páginas de la historia. - Así me dice don Anselmo, el redactor, que también es crítico como yo, autor de *Fiquisniquis ortográficos* y especialista en cuentos y charadas de velorios. - Pues continúen ustedes su tarea, que de seguro recibirán un voto de aplauso de los hombres que, como don Enrique, están en el pináculo de la verdadera gloria. - Tengo fe en ello. Desde muy niño, como decía a usted, me sentí con la vocación. Una vez me quedé viendo la luna en los brazos de la nodriza; mas como esta afirmara que yo llegaría a ser un gran payaso, fue despedida inmediatamente, pues mi papá adivinó que sería un buen satírico. Ya grandecito padecí de ese zarandeo en la nuca, y aunque una comadre de casa, muy entendida, aconsejó que me dieran frotamientos de mantequilla con sangre de zorro, mi padre, siempre previsor, se opuso enérgicamente, por comprender que eran síntomas críticos de la gracia con que manejo la pluma y los lazos de mis zapatillas. - Pues mucho honor en conocerlo. - Igualmente. A su disposición. - Gracias.

Y el crítico se aleja orondamente, tambaleando la cabeza y sonriendo con su boca de mama señora.

Anda por allí, en el bufete de unos abogados, un individuo (1) con aspecto de anarquista, sin cuello, con la solapa levantada, pelo ensortijado y con barbita de cabro; también natural de Granada, la ciudad del maestro Enrique. Me aseguró un amigo que el tal es un crítico y maestro de escuela cesante, autor de furibundos artículos contra los decadentes en una revista de Granada. Asegura que su gracia es hereditaria y que desde que un poeta llamó al agua «piadosa», y como el adjetivo no lo encontrara usado en el Siglo de Oro, odió a los lagos, ríos, pilas y pozos. Se me dijo que adoptó el sobrenombre de Comején de Avellaneda. Por el aspecto, debe haber publicado sabias y satíricas críticas contra las lavanderas, pues revela el profundo disgusto que por ellas tiene. (*El Comercio*, 20 de octubre de 1907.)

(1) Hernán Guzmán, llamado por sus colegas -peyorativamente- el Bachiller Comején, y quien escribía sus críticas literarias bajo el seudónimo Comején de Avellaneda. La descripción que de él hace LUZ BLANC es perfecta.

Domingueras II

La originalidad de don Enrique Guzmán no solo produjo su infección en Granada, ciudad abarrotada en críticos, sino que se ha extendido por toda la República; a tal grado, que mientras España, por ejemplo, solo ha producido en los últimos años un crítico y dos o tres escritores festivos, Nicaragua ha dado a luz ciento y pico, a cual más ilustrados y graciosos, que por todo lucen su ingenio y a cualquiera le dan lecciones de literatura.

Vive en esta, por el barrio de la Penitenciaría, un crítico, gramático, barbero, retórico e indispensablemente gracioso; colaborador que fue de *El 1902* (q. e. p. d.) del tío Balbino Vargas. Recuerdo que, con motivo de la llegada a Honduras de Marco Aurelio Soto, un poeta hondureño le dedicó estos versos:

> *Ya llegó el hombre ilustrado*
> *Y él es Marco Aurelio Soto;*
> *A quien lo queremos tanto*
> *Porque en el Estado no hay otro.*
> *A Marcos no le gusta la guerra*
> *Ni estando de presidente,*
> *Y lo prueba con el Estado*
> *Y con toda su gente.*

Estos versos los reprodujo un periódico del país como una muestra que por sí sola se recomienda. Pues bien, no había de faltar un crítico luciendo su ingenio, y apareció iniciándose con cuatro artículos en *El 1902* el citado nuestro crítico barbero para probarnos que los versos eran malos y que su autor no era poeta.

Su seudónimo es CABALLERO DEL SOL, y aunque por ahora tiene guardada la pluma, usa la lengua mientras rapa la barba para externar su opinión contra la «literatura decadente».

Hay en esta otro Caballero, es decir, otro crítico, que primeramente quiso ser poeta y, aunque celebrado por sus admiradores del barrio, después de sus ensayos tuvo el natural fracaso, no obstante que sus producciones eran revisadas y aprobadas por su mentor, don Benito David Mejicano y Acosta.

En su quiebra poética, llamémosle así, resolvió hacerse crítico con el fin de meter ruido y adquirir nombradía; aun dicen que con la benevolencia de don Leopoldo Rocha, a quien, según cuenta él mismo, «solo le permite la corrección gramatical», porque para lo demás se siente muy apto. De tal crítico no tiene poca culpa *La Tarde*, en donde le publican, bajo el seudónimo, creo, de HERNÁN CABALLERO, sus simplezas inofensivas. Su verdadero nombre hanme dicho unos que es Constantino Baltodano y otros Bruno Blandino, pero es otro crítico gracioso.

Güicho -en Nicaragua es nombre hipocorístico de Luis- Delgadillo (PEPITO EL CRITICÓN), más avanzado que el anterior, era un muchacho que apenas llegó en el colegio al segundo año de primaria, pues como se sintiera más despejado de las manos que de la cabeza, se dedicó al piano. Más tarde todos le veíamos, cuando no en el parque central, parado en la esquina de su casa, piropeando a las mengalitas que pasaban o silbando algún fandango, que él llamaba nocturno de Verdi.

Todo esto entraba en sus derechos; pero una vez, con la mayor sangre fría del mundo, amaneció hecho crítico y jocoso. Desde entonces no vio el sol claro: la emprendió contra Vargas Vila, contra Campoamor, contra Rubén Darío, contra Argüello, contra Chocano y contra todo ser escribiente que no se avenía con sus gustos artísticos. En una crítica a Darío le concede alguna disposición para la poesía, aconsejándole -como dicen de un señor Medina- que se enmiende un poco y dándole al final una voz de aliento, con estas palabras:

«Sigue, sigue adelante, querido Rubén, que llegarás a ser algo con un poco de estudio y de lecturas clásicas. Has hecho bien en largarte, porque aquí no nos comprenden».

Y oportunamente él también se marchó con la música a otra parte, a Italia, de cuenta del Gobierno, no sin espetarle una larga crítica a Bonafoux (1) al pasar por París, tan solo porque no le quiso publicar unas noticias de Nicaragua, que allá a nadie le importaban.

(1) Nota sobre Luis Bonafoux (1855-1918): este insigne crítico galo-puertorriqueño residía en París, de donde fue expulsado por una serie de artículos satíricos que publicó, entre ellos uno muy célebre titulado «El Papa no marcha». Murió en Londres a principios de noviembre de 1918, a la edad de sesenta y tres años, después de haber ridiculizado con verdadero gusto a medio mundo y con un resplandor de gloria que no podrá apagar el tiempo. En España era muy querido, a pesar de lo mucho que ridiculizó a los españoles, y a su muerte la prensa de Madrid se ocupó extensamente del gran crítico. Luis Bonafoux -ARAMIS era su seudónimo- fue el «tormentoso» padre de Coconí, a quien Rubén Darío dedicó las primorosas rimas «Para Coconí Bonafoux». Véase Poesías completas *de Rubén Darío, edición Aguilar, p. 1092. O. C. D.*

Caro *tuichi*, non *perduita* el tuyo tiempo en la solferina. La tuya testa, *amichi* mío, non date para la *dolce nota* de la melodía. Cultivate la crítica sin *moderato* contra el Dante, Manzoni, Leopardi y D'Annunzio, perdida gente de la città del arte.

Tras este viene otro crítico divertidísimo, abogado, que entabla acción de tercería en toda cuestión, sea o no literaria. Este, como dice un amigo, es un tipo muy lindo; es un crítico de los poetas españoles, jocoserio-burlesco-dramático-sentimental. Tiene páginas de gloria, pues ha derribado de su pedestal a más de un periodista.

Vive en la metrópoli otro crítico-barbero, un Chico Bravo (no es Lorita), quien escribe críticas con fuga de vocales. Se me presentó una noche, intempestivamente, como crítico de una calle oscura y, entre otras cosas, me dijo: «Yo le puedo hacer una crítica sin usar la vocal que usted elija; es decir, sin usar palabras que tengan una letra que usted designe».

Este es muy conocido en León.

Ante tan raro personaje no pude menos de exclamar: ¡Oh, la sabiduría! (*El Comercio*, 27 de octubre de 1907.)

Domingueras III

Dicen que uno de los críticos que he delineado -pues conste que soy mal esbozante de nuestros críticos-, al verse trazado de cuerpo entero en mi segunda lista, echó sapos y culebras por la boca, jurando darme una apaleada literaria y criticarme más de algún concepto, a fin de armar discusión pública conmigo y ascender a crítico-polemista. Lástima sí que yo no tengo el valor suficiente de apareármele a semejantes personajes para que conquistara un lauro más.

Cuéntanme que en el aposento en que vive tiene su oficina de critiquería, consistente en una mesa y una silleta; que sobre la mesa tiene un tomo de versos de Manuel María Flores, una Retórica, una Ordenanza Militar, un Secretario de los amantes, una Memoria de Hacienda, la Historia de Carlos Magno y algunos otros papeles, entre los que se ven borradores de versos y principios de críticas a los decadentes.

Tan luego le mostraron *El Comercio*, refiere un vecino que me dio estos datos, se sentó a la mesa, echando bravatas e insultos, tomó la pluma y trazó y rompió alternativamente, paseándose a veces con las manos en la cabeza para evocar las ideas y consultando de vez en cuando sus libros y sus apuntes. En esto resolvió quién sabe qué y salió a la calle siempre furioso, probablemente a hacer alguna otra consulta.

Es muy natural que cuando a uno le tocan el lado flaco del amor propio salte y brinque, como cuando se le da a un caimán en la torongilla. Para meterse a escribidor es preciso hacerse de concha, como dicen, máxime si se cultiva la crítica, pues en este, más que en otro género, se está expuesto a caer en ridículo, por lo de andarse proclamando *magister*, que no otra cosa es un crítico.

Así, por ejemplo, bastante sangre fría revela el autor de un suelto en el *Diario de Granada* en el que yo defiendo a los caravaneros, y que, aunque mis escritos le gustan, revelan asimismo que yo también soy caravanero. Francamente, simpatizo más con los escritores decadentes que con los escritores decaídos, como llamo a los del viejo bando; sin embargo, en estas publicaciones he defendido a los primeros, señor sueltista, pues repito que no hago más que delinear como puedo a los críticos de mi tierra, tal como Dios los hizo, sin quitarles ni ponerles nada. Devolviéndosela, diré a usted que su suelto, a mi vez, me revela que usted es uno de los críticos de mi sarta, porque le ardió.

Dicho esto a manera de introducción a propósito de polémica, quizá habrán observado los lectores que los críticos son muy amigos de provocarla en toda ocasión, sin duda para lucir el donaire de su talento en la lógica y la pimienta de sus sonrisas en las salidas graciosas. Aun en la conversación privada son tan graciosos que da gusto oírlos:

- Dígame, don Porsupuesto, ¿se podrá decir «deme usted un trago»? - Hombre, todo se puede decir -aquí una sonrisa. - Ah, ya. Quería decirle: ¿será castiza esa frase? - Pues, chico, no tan castiza, porque más correcto fuera «deme usted dos tragos».

Aquí una carcajada discreta a dúo entre el consultor y el consultado, es decir, entre el admirador y el admirado.

- ¿Cómo está usted, don Alcanfor? - Pues, hombre, de pie, como me ve -aquí una sonrisa.

Y esta es una contestación muy graciosa, reveladora del gran sentido claro de don Alcanfor, crítico distinguido, polemista furibundo, humorista y muy castizo.

He observado que los críticos prefieren tener más sentido común que inteligencia. El sentido común, o sea la más barata de las facultades, según Armand Silvestre, es el microscopio de los críticos, el cual aplican por todo a las frases o a los pensamientos; estando perdido lo que se escapa a la visual, y declarado desde el momento «disparate mayúsculo». Así sea una imagen o un símbolo profundo, le aplican su sentido común, y ¡ay de lo que cae bajo este lente!

Una vez, para tirar a un crítico, como suele decirse, le enseñé el tan resabido madrigal de Gutierre de Cetina, tenido entre los decaídos por no sé cuántas cosas buenas. Se lo enseñé como mío y, después de leerlo varias veces, con sonrisa burlona empezó la siguiente crítica:

> *Ojos claros y serenos...*

- No conozco ojos claros -dijo con dogmático énfasis-; conozco negros, azules, zarcos, alagartados, etcétera, pero no claros; mucho menos serenos, porque serenos pueden ser los lagos y los mares cuando no están embravecidos, pero no los ojos, que no tienen olas -una sonrisa.

> *Si de dulce mirar sois alabados...*

- ¿Quiénes son los alabados? -preguntó-. ¿Los ojos claros o los serenos? Porque, separando esa conjunción dos sujetos, los ojos claros y los serenos, naturalmente no se sabe a quién rige el verbo.

Gramática tenemos, me dije.

> *¿Por qué, si me miráis, miráis airados?*

- ¡Hombre! ¿Que no tienes oído? Ese *me mi... mi* no me suena bien. Sobre todo, una muchacha mirando airada no debe ser muy bonita, porque me la imagino mirando con los ojos torcidos -otra sonrisa.

No pude continuar oyendo al crítico porque estaba al estallar de risa de verlo rajándose, y me retiré fingiéndome convencido. «Te aconsejo que no los publiques», me dijo todavía aquel sabio de cartón.

En otra ocasión tomé de un calendario un cantar cualquiera y fuime al crítico:

- ¡Hola, don Bruno! A ver qué le parecen estos versos póstumos de Bécquer, que ha publicado una revista nueva:

> *Las lecciones que da el mundo*
> *Sí que suelen costar caras,*
> *Pero después de aprendidas*
> *Ya no sirven para nada.*

- ¡Ah, Bécquer, el gran Bécquer! Eso sí es poesía. Buenos, magníficos. Hay sencillez en la frase, al alcance del sentido común, profundidad en el pensamiento y delicadeza mucha, como todo lo de Bécquer. Así quisiera que escribieran estos caravaneros. Este mismo dicen que tiene una obra inédita intitulada *Acerca del uso inmoderado de la h en las palabras que se escriben con v, y otras objeciones*.

Aquí se ha visto que pasen lateando al público más de un mes un par de críticos, en interesante polémica, para poner en claro una tontería que resuelve cualquier diccionario. Plantea uno de ellos, por ejemplo, esta cuestión: «¿Por qué decimos andar en cueros y no andar en pieles?», y salta otro, no menos castizo: «No debe decirse andar en cueros ni en pieles, sino andar en pellejos».

Y ya está la polémica lucida en la prensa, hasta que aparece un tercero: «Ustedes andan errados en asuntos de cueros, porque debe decirse andar en epidermis».

Demás está decir que se pasan tres meses sin entenderse ni ellos mismos, derrochando la sal inútilmente y reluciendo las citas del *Quijote*. (*El Comercio*, 10 de noviembre de 1907.)

La efervescencia literaria provocada por los artículos de FRAY PATRICIO CORTÉS, LUZ BLANC y PÁRMENO, que ocuparon las páginas de EL COMERCIO por algunos meses -septiembre, octubre y noviembre, respectivamente-, fastidió a algunos señores burgueses, quizá bobalones, quienes enviaron al periódico la siguiente esquela:

POR CORREO URBANO

AL DIRECTOR DE EL COMERCIO

El público no quiere más disquisiciones literarias.

La índole de su periódico, eminentemente informativa, no permite la constante inserción de los artículos de PÁRMENO y LUZ BLANC, que estarían bien en las columnas de una revista de letras, de esas que editan los jóvenes de Managua y de León.

Parece que usted estuviera intelectualizándose con detrimento de los numerosos lectores de su diario.

Creemos que ni la crítica literaria adelanta nada con los artículos de LUZ BLANC, ni la gloria de Rubén Darío se eleva con las CUARTILLAS DE PÁRMENO, que, dicho sea de paso, se ha propuesto hacernos saber que ha leído bastante el diccionario y se ha aprendido de memoria algunas palabras desusadas en el lenguaje que acostumbra la prensa del día.

Esperamos que usted no volverá a obsequiarnos con esas producciones de los aspirantes a aumentar el número de los 33 inmortales.

Atentos servidores,

UNOS FASTIDIADOS *El Comercio, 11 de noviembre de 1907.*

Entonces fue que RUY BLAS -seudónimo de don JUSTO PASTOR DE LA ROCHA, historiador, prosista y pedagogo- envió el artículo siguiente:

NACIONALIZACIÓN DEL ARTE

Ayer publicó EL COMERCIO una tarjeta postal que, en síntesis, es una protesta contra el espíritu crítico que en estos días ha tomado proporciones respetables. Sin hacernos eco de la opinión de los postalistas en referencia -que no es más que una opinión como otra cualquiera- y apreciando en cuanto valen y merecen nuestros colaboradores LUZ BLANC y PÁRMENO, nos permitimos la insinuación de que sea más amplio y menos gramatical el espíritu literario.

Esa labor de sintaxis y de lingüística creemos que pertenece más a la pedagogía que a la información y está mejor en la escuela que en el periodismo.

Esa inteligencia que PÁRMENO, ponemos por caso, emplea en andar a caza de términos castizos y adverbios mal colocados, podía estar al servicio de un ideal más alto y girar en una órbita más fecunda. El verdadero rumbo de la literatura latinoamericana, hoy por hoy, no está en hacer versos decadentes ni en imitar los giros y cláusulas de los escritores franceses. Tampoco está en hacer labor crítica a lo Valbuena, que ya pasó de moda, ni andar con humos de *magister dixit*, a lo Clarín, que solo tuvo éxito en su medio y en su época.

El verdadero rumbo de la literatura continental es hacer obra nacional, poner el arte a la vulgarización de las costumbres y maneras de cada país.

Los argentinos han hecho ya su propia literatura, dando sello universal a la vida de la pampa argentina, con sus gauchos, y en la vida social a sus héroes, a sus proezas, a sus hombres, a sus mujeres y a sus usos. Chile tiene ya sus novelistas. Colombia tiene su *María*. Venezuela sus *Ídolos rotos*, de Díaz Rodríguez, y su *Peonía* y su *Villa brava*, libros donde está universalizada la vida nacional venezolana. México tiene ya en literatura su fisonomía propia, fundada en episodios y costumbres nacionales.

Falta a Nicaragua esa labor de sus inteligencias. ¿Qué gana el país con que sus pensadores hagan cuentos franceses o literatura española? ¿A qué llevar la librea de otras literaturas, pudiendo tener el señorío de un arte nacional? Nicaragua tiene una naturaleza tan hermosa que en manos de los franceses tendría ya vida literaria mundial. ¿Por qué sus hombres de letras o sus poetas no la cantan, describen, analizan? ¿Por qué no aportan a la literatura universal su leyenda, su pasado, sus luchas, sus héroes, sus tradiciones?

¿Tema? Allí está la guerra última entre Nicaragua y Honduras. ¿Qué mejor tema para una novela? ¿Qué mejor rumbo para una obra nacional?

RUY BLAS *El Comercio, 12 de noviembre de 1907.*

Demás está decir que el bello sueño de RUY BLAS -el de la nacionalización del arte- está aún por realizarse.

Buenos y meritorios esfuerzos han sido hechos por varios escritores nacionales, como José Román, Hernán Robleto, Adolfo Calero Orozco, MADAME FLEURE -seudónimo de doña Carmen Rosario Talavera, de Estelí- y, recientemente, Alejandro Astacio. Pero nos falta mucho por hacer y escribir.

Con mucha y sobrada razón dice el doctor Mariano Fiallos Gil -quien en sumo grado de dedicación ha hecho tanto por la nacionalización de la cultura- en el prólogo a la *Antología del cuento nicaragüense* (Editorial Lacayo, 1957): «Si la novela de la América Hispana está por hacer, mucho más lo está el cuento, que es forma literaria más sutil y concreta, por tanto, más difícil».

¡Y esto a los cincuenta años del artículo de RUY BLAS!

Desde la tranquilidad de su Quinta, en la que pasaba largas horas de ajetreos literarios, el doctor MODESTO BARRIOS, bajo el seudónimo ocasional de TRANQUILINO, envió a EL COMERCIO lo siguiente:

SUUM CUIQUE

¡A cada uno lo suyo! es nuestra divisa, a fuer de imparciales.

Apreciamos a don Rubén Darío cuanto él se lo merece, como una honra literaria de nuestra Patria, la que, en el extranjero, de muchos es conocida ventajosamente por ser la cuna de nuestro esclarecido compatriota.

Lo que más nos agrada en Darío es su serena modestia; da vida a sus hermosísimos y brillantes pensamientos, de una originalidad legítima y sabrosa, sin esfuerzos ni petulancia, como el genio creador que se admira de que le admiren, porque a él nada le cuestan sus creaciones.

Por esto es Darío inimitable; sus remedadores conseguirán parecérsele un tanto, pero reventando la vanidad y sin poder disimular el empeño del rebusque, del remiramiento y de los remilgos, fastidiosos y repugnantes cual las estudiadas muecas de una pretenciosa coqueta.

FRAY PATRICIO, a quien nadie querrá negarle la originalidad de sus escritos, dijo de Darío lo que es muy honroso para nuestro eximio literato.

Bien considerado el desarrollo del tema, en LAUROS se dice en resumen: «Darío tiene defectos porque quiere tenerlos, pero solo él, por ser un genio verdadero, puede ostentarlos con gracia; cualquiera que intente hacer otro tanto sucumbirá en la impotencia y en el ridículo».

Afirmamos fundadamente que, a estar aquí Darío cuando la publicación de LAUROS, hubiera estrechado con efusión la mano amiga del bien intencionado fraile, diciéndole con sinceridad:

«¡Gracias, Reverendo! Usted tiende a librarme de la peor calamidad que sufro: el tener tantos y tan necios imitadores. ¡Bien haya su caridad!».

Viniendo a PÁRMENO, debemos consignar que escribe muy bonito y, logrando dar claridad a sus bien rumiados pensamientos, llega a causar bastante agrado a sus lectores; pero disgusta, desde el primer momento, su marcada tendencia a mostrar gran erudición gramatical.

Desde que un sabio de la antigüedad paró en decir «solo sé que no sé nada», quien pretenda lucirse ante el público y ganar sus simpatías debe ser erudito sin parecerlo; y si tratamos de los alardes de erudición gramatical, ya nos lo advirtió el muy docto don Rufino Cuervo: «El hábito, sobre todo en los principiantes, de exigir la corrección en la forma se convierte a menudo en pedantería que rechaza cuanto no satisface a un ideal falso o legítimo».

Creemos con RUY BLAS que «esa labor de sintaxis y de lingüística está mejor en la escuela que en el periodismo»; y en cuanto al uso de la crítica gramatical como arma ofensiva o defensiva, no podemos olvidar la severa afirmación de un escritor de campanillas: «En faltando lealtad para reconocer méritos de otro orden, o ciencia para dilucidar la materia sobre que versa un escrito, acude la pasión a la odiosa tarea de probar que el contrario no sabe gramática».

Por donde se verá cuán fuera de quicio están las críticas a la Gavroche, en las que no solo se acude a la gramática para el ataque, sino también al denuesto y al improperio, hasta el punto de convertir en una horrible cuadra el infeliz periódico que las publica, con tantos caballos, mulos y jumentos que se hacen aparecer por todos lados.

También creemos que al más pintado se le pueden criticar errores gramaticales, pues de ellos no se libran los maestros clásicos.

Cervantes escribió: «Tengo fresca leche y muy sabrosísima queso».

Santa Teresa: «Cuán gravísima cosa es hacer la culpa mortal delante de tan gran Majestad».

Núñez de Arce: «Mal haya sea mi memoria», por «mal haya mi memoria».

Calderón dejó escrito: «Que ha llegado a menester», tomando por verbo en infinitivo lo que es nombre terminado en *er*, con el que se forma la frase «haber menester».

Salvá, en su diccionario, asegura que *recordar*, significando despertar, es americanismo y, sin embargo, Lope de Vega escribió: «Y si duerme mi niña, no la recordéis».

Muchos maestros critican como pésimo el uso de *donde* por la casa o el lugar en que está una persona, como cuando se dice «fui donde mi amigo»; no obstante, de Cervantes es la siguiente frase: «Ninguno de los criados entraba donde su señora».

Por último, Martínez de la Rosa puso: «Por disimular por el pronto»; cuando Hartzenbusch no dudó escribir: «Vuelvo a mi cuarto y por lo pronto tengo que ponerme en camisa», mientras Gil y Zárate no temió estampar: «Lo que debes por de pronto hacer».

Y los tres son académicos de nota, y cada uno va por su lado, ni más ni menos que los concejales del ayuntamiento de un pueblo, de los cuales, tratándose de una ley, el uno quiso que se *abola*, el otro que se *abula* y el tercero que se *abuela*.

Después de lo apuntado, y dejando mucho por apuntar, no se nos culpe que en materias de críticas gramaticales seamos escépticos, reduciéndonos a creer que será bueno todo aquello que se escriba de modo que agrade, que instruya y, sobre todo, que se pueda entender.

Decimos críticas gramaticales y no lecciones gramaticales, pues estas las tomaremos siempre con agrado de quien nos las dé autorizadamente y en su debido tiempo y lugar.

Managua, 14 de noviembre de 1907.

TRANQUILINO *El Comercio, 16 de noviembre de 1907.*

A los pocos días de publicado el artículo anterior, un gran acontecimiento nacional vino a conmover a todos. Los poetas, escritores y críticos depusieron las plumas empuñadas con ardor para batir las palmas y agitarlas con entusiasmo.

¡CLARINES! ¡LAURELES! Ya está RUBÉN DARÍO en Nicaragua, donde llegó el 24 de noviembre de 1907.

Fue su visita, desde su arribo a Corinto, una verdadera marcha triunfal, apoteósica. Todas las ciudades de la República rivalizaban por festejarle, halagarle, colmarle de honores. El poeta «derramaba la simpatía» por todas partes, y las ciudades derramaban sus mejores ungüentos sobre la cabeza y los pies del ungido vate.

La prensa nacional le dedicaba sus mejores páginas, daba cuenta de cada uno de sus pasos y recogía cada una de sus palabras:

«HABLA EL POETA. Nací el 18 de enero de 1867, en el pueblo de Metapa, en la República de Nicaragua, en la América Central. Pasé mis primeros años cerca de los jesuitas. Mi labor intelectual es conocida...» (*El Comercio*, Managua, 30 de noviembre de 1907.)

«RUBÉN DARÍO viste terno de casimir aplomado claro, corbata verde olivo y calzado amarillo. Lleva sombrero de pita copa alta...» («Su estada en Masaya», crónica, *El Comercio*, 8 de diciembre de 1907.)

«Ayer estuvo RUBÉN DARÍO a dejar en el Instituto Central de Varones un libro -*L'Évolution des forces*, por el doctor Gustavo Le Bon- para su viejo amigo don Miguel Ramírez Goyena, autor de la aplaudida *Teoría del éter*. El libro de Le Bon, que en Francia es uno de los abanderados de la Física, trata extensamente de la actual anarquía científica». (*El Comercio*, 11 de diciembre de 1907.)

Muchas brillantes páginas se escribieron en su honor, y enseguida se recopilaron en un solo volumen bajo el simbólico título de *Laurel solariego*.

Mas hemos dicho, a la ligera, que TODAS las ciudades de Nicaragua rivalizaban por festejar a Rubén Darío en su apoteósica visita. Esto lo hicimos movidos por el entusiasmo que nos produjo la lectura del capítulo XVI, «La apoteosis en su Jerusalén», del libro por el profesor don Edelberto Torres, *La dramática vida de Rubén Darío* (tercera edición, Biografías Gandesa, México, D. F., 1958, pp. 222 y ss.), en el que se describe con prolijos detalles la visita del «líyida» a su tierra natal. Porque, en realidad, hubo UNA ciudad que brilló por su ausencia en el entusiasta coro de ciudades festejantes.

Esta ciudad fue GRANADA, la más poética ciudad de la República.

Eso se debió a dos factores: político el uno, literario el otro.

El factor político consistía en el hecho histórico de que Granada era «la ciudad rebelde», por conservadora, contra el gobierno liberal del general don José Santos Zelaya. Darío era el poeta liberal, amigo del régimen imperante. Por lo tanto, nada quería Granada con él. Y este factor era de vital importancia en esa época, en que las pasiones políticas eran más intensas y las divisiones partidistas más definidas.

El factor literario tenía más lejanas y tenues raíces, a pesar de haber sido la causa eficiente de lo sucedido. Para explicarlo tendremos que hacer un poco de historia literario-social de Granada.

En esta ciudad, los GUZMANES -don Enrique y los doctores don Horacio y don Gustavo- ejercieron una gran influencia intelectual.

De ellos, el primero, a quien ya hemos visto polemizando con Rubén, fue el que impuso el gusto literario por las formas clásicas y, aunque no dejó escuela permanente debido a sus inquietudes políticas, que no le dejaban el tiempo suficiente para ahondar más sus temas, dejó, sin embargo, el espíritu de crítica al que han sido tan inclinados los granadinos.

Los otros dos Guzmanes -don Horacio y don Gustavo- influyeron en la sociedad con sus bromas y sus salidas de librepensadores, y aun de ateos, creando con ellas cierto espíritu iconoclasta en la juventud granadina. Producto de ese espíritu, aunque melificado por el Arte y por la Fe, fue el movimiento literario llamado de Vanguardia.

A la llegada, pues, de Rubén Darío a Nicaragua, los dos factores concurrentes que hemos señalado entraron en acción para negar al poeta la hospitalidad de Granada y el homenaje de un bien merecido festejo.

Entonces -como ahora-, en forma más o menos igual, había que lamentarse de la malhadada política.

Lo que Darío había escrito de Chile era -y aún es- aplicable a Nicaragua:

> *Desgraciadamente, letras, artes, ciencias, todo va a caer entre nosotros en ese tremendo hervidero de la pasión política. Cruz y Concha Castillo solo tienen aplausos entre los muros del Círculo Católico y en el juicio de los imparciales; lo propio que Vicente Grez, Préndez, Pedro Balmaceda, Irarrázaval, que solamente son elogiados en el círculo del partido a que pertenecen. Feliz el día en que las letras sean vínculo de unión entre todos y se juzgue sin pasión, y el aplauso o la censura merecidos se den por parte igual a unos y a otros.*

(*Obras desconocidas de Rubén Darío*, Universidad de Chile, 1934, pp. 261-262, según Raúl Silva Castro, o. c., p. 48.)

Hubo, quizás, uno que otro amigo y admirador granadino de Rubén que inició la idea de un festejo en su honor, mas fue pronto acallado y disuadido de su laudable empeño.

Esto se colige de una gacetilla que apareció en EL COMERCIO, del 30 de noviembre de 1907, en la sección SERVICIO TELEGRÁFICO -Nicaragua al día-, que dice así:

«Granada, 29. No sabemos de qué fuente sacó el *Diario de Nicaragua* la noticia de que aquí en Granada trátase de hacerle festejos -que bien se los merece- a nuestro laureado poeta Rubén Darío.

»Nosotros, a fe de celosos corresponsales de EL COMERCIO, hemos tratado de inquirir lo que haya de verdad sobre el particular y nada hemos podido averiguar que confirme esa noticia. ¿Qué se propone el *Diario de Nicaragua*? ¿Tratará de hacerle una chanzoneta al "Poeta Niño", ante quien los nicaragüenses se han inclinado para saludarlo, o será una broma de mal gusto y peor tono que gasta con las personas que dice recibirán a Darío? Francamente, los granadinos no cortan flores con recepciones y veladas.

»Allá por el año de 1882 visitó a Nicaragua la Baronesa de Wilson y, por doquier que pasaba esta ilustre dama, se le festejaba. Solo Granada no participó en las ovaciones en honor de la aristocrática europea. Días después visitó la Baronesa espontáneamente esta ciudad, y cuando pasaba por sus calles decía: "Granada es un cementerio". Además, sirvió de burla al chispeante doctor Horacio Guzmán, quien vistió elegantemente a Vadito y lo envió a hacerle una visita. Esta se llevó a efecto, y después descubrió la Baronesa que todo era una broma, dada no tanto a ella, sino a los caballeros que habían precedido al poeta cuiscomeño en visitar a la ilustre viajera».

No hubo, pues, recepción para Rubén. Y la velada tuvo que ser póstuma y esperarse treinta y un años, hasta la VELADA AZUL del 31 de julio de 1938, en la que Granada celebró el quincuagenario de la publicación de *Azul...*, en forma digna y apoteósica del poeta.

Mas la presencia de RUBÉN DARÍO en Nicaragua no podía pasar desapercibida en Granada; y aunque, como hemos dicho, no recibió el homenaje merecido, sí fue objeto de una broma, de la que sus autores -ya hombres maduros- hubieron de avergonzarse y arrepentirse.

Dos jóvenes entonces, don Francisco Osorno Rojas y el doctor don Joaquín Gómez Rouhaud, prepararon un folleto que contenía las *Poesías escogidas de Procopio Vado y Surrizana* -el mismo Vadito de la broma del doctor Horacio Guzmán a la Baronesa de Wilson-, popular poeta cuiscomeño, con un prólogo de JUAN CUERNOS, seudónimo de Francisco Osorno Rojas, y un JUICIO CRÍTICO de JOAQUÍN GONZÁLEZ ROBLEDO, seudónimo de Joaquín Gómez Rouhaud.

Ese folleto fue repartido entre la comitiva que acompañaba a Rubén Darío a su paso por Granada, de regreso de Rivas. Un ejemplar le fue dado al mismo Rubén, quien, al informarse del contenido, se lo echó al bolsillo de su elegante y bien cortada americana, encubriendo con una ligera sonrisa la mortificación que la broma le causaba.

A continuación copiamos el prólogo de JUAN CUERNOS y el JUICIO CRÍTICO de JOAQUÍN GONZÁLEZ ROBLEDO, tal como aparecen en la segunda edición que del afamado folleto publicó en Granada, el 11 de julio de 1949, Rodolfo Poessy, bajo el seudónimo de ARGOS, quien en sus «Dos palabras al lector» repite anacrónicamente y sin originalidad alguna las de aquellos.

PALABRAS LIMINARES

Al contestar a mis CUARTILLAS INTELECTUALES, publicadas en EL DIARIO DE GRANADA, un decadente masayés aseguró que los granadinos criticábamos las obras nacionales por envidia, porque de esta ciudad nunca había salido ningún tomo de poesías ni nada que valiera la pena.

Envié al masayés un tomo de *Ajiaco*, de Fletes Bolaños, y me di a escoger, entre lo mucho bueno que tenemos en poesía, algo que pudiera ser coleccionado en un libro que nos sirviera de gallo a los granadinos para echárselo a la *Historia de Chombo Pérez*, por ejemplo, que fue una de las obras citadas como gloria de Masaya por el decadente en referencia.

Después de dos meses de solicitudes, de empolvarme las narices en las bibliotecas de esta ciudad para encontrar los versos ansiados y de un ímprobo trabajo de selección, pude poner en limpio las composiciones poéticas que contiene este volumen, muchas de ellas inéditas, las cuales servirán de pedestal a la grandiosa figura de su autor, don PROCOPIO VADO Y SURRIZANA, quien, con Darío y Argüello, forma la trinidad literaria de que tanto nos ufanamos los nicaragüenses.

No me corresponde a mí, simple aficionado al buen decir, calificar la obra de Vado y Surrizana, ni precisar la altura a que habría llegado si la muerte no lo hace transponer los arcanos linderos del Supremo Amago, bajo la cogulla penumbral de las frágicas desolaciones; menos aún siendo yo quien lo saca de la sombra relativa en que se encontraba para presentarlo a la consideración del mundo pensante como el Profeta del decadentismo, como el Precursor de esa falange literaria que ha logrado imponerse y como el maestro en la moderna habla castellana, discrepando en esto con el médico poeta Debayle, que quiere dar ese alto honor a Darío.

Y no hablo a humo de pajas. Léase a Vado y Surrizana y se verá que desde 1878 escribía: *intelectual, setenios, crisopracios, corituria, lepor, casiopea, filarmonía, corruscante, datura, rapaz, jesolrruí, brujulear, calcedonio*, y demás palabras con que todos sus discípulos creen sorprendernos ahora.

La publicación de estas poesías aumentará el escaso número de los libros nacionales; yo me felicito por ello y pido a todo ser pensante el homenaje debido a don Procopio Vado y Surrizana, al insigne cantor cuiscomeño que tanta gloria ha dado a nuestro Parnaso.

Y desde ahora ofrezco, para dentro de poco tiempo, otra obra suya: el monumental drama en diecisiete actos, en prosa y verso, intitulado *Don Ruperto y doña Bambolla*, la mejor obra dramática que ha salido de pluma nicaragüense.

Granada, 1.º de enero de 1908.

JUAN CUERNOS

JUICIO CRÍTICO

> *On peut faire le sot partout ailleurs, mais non en la poésie.*
> *Se puede ser tonto en cualquier cosa, menos en poesía.*
> *(Miguel Montaigne, Ensayos, II, 17.)*

La idea de JUAN CUERNOS no pudo ser más feliz. Desde hoy quedó muerta una leyenda; y ese personaje inmortal que todos admirábamos a porfía sale ahora de la indecisa aureola que a su rededor se había formado, para dejar de ser un mito y convertirse en el innovador más atrevido que han visto dos continentes. Don Procopio Vado y Surrizana se presenta, por fin, reivindicando el primer puesto que le corresponde en la generación pujante que ha dado moderno giro a la floreciente literatura hispanoamericana.

Nadie, no lo dudo, se lo disputará.

Y llega en época bonancible y próspera. La edad de oro que él había previsto está en todo su esplendor. Sus discípulos se han multiplicado hasta lo infinito; e impera en el Reino del Decadentismo paz octaviana bajo el cetro de marfil que recogió de sus manos S. M. don Rubén Darío.

La semilla ha germinado. Cayó en buena tierra y la profecía del maestro se ha cumplido:

> *Haced que refleje la ciencia*
> *Risueña como la brisa,*
> *Como el iris que ameniza*
> *Ese matiz singular.*
> *Engarzad esa gran joya*
> *De tesoros imponentes,*
> *Y sostened altamente*
> *La simiente intelectual.*
> *Pues creo con fe segura*
> *Que un tiempo vendrá dichoso,*
> *Ameno, fresco y pomposo,*
> *Que el bien solo nos traerá.*

La aparición de este tomo era, pues, más que oportuna, necesaria. Ha llenado un gran vacío, hace obra de justicia y el libro va a ocupar un lugar de honor en todas las bibliotecas.

El Maestro nació en esta ciudad el 15 de septiembre de 1816. Desde joven comenzó a escribir y bien pronto alcanzó el merecido renombre que lo acompañó siempre en lo sucesivo.

Verdad es que su talento debía imponerse y que la revolución literaria que él inició tenía forzosamente que triunfar, lo mismo si el gran abanderado hubiera visto el día en Nueva York, San Petersburgo o Londres, que en la oscura Cuiscoma granadina. Porque cuando se logra arrancar una pluma de águila inmortal del Genio, esa pluma se trueca, en poder de gentes de la talla de Vado, en antorcha de purificante luz.

Como bien lo dice él, refiriéndose a Natura:

> *Si a otro dio del dinero poderes,*
> *Al contrario, a mí fue intelectual.*

Pero si es cierto que don Procopio no llegó, según sus propias palabras, «ni a lejana lontananza por los quicios de las aulas donde los hombres se robustecen en las sublimes ciencias», no se podrá negar la decisiva influencia que él ejerció en la formación de esa peculiar estructura en que el Arte Nuevo ha vaciado el habla castellana.

Hizo en América lo que con tanto trabajo llevaron a cabo en Francia Balzac y Malherbe. Su frase adquiere la forma perfecta y definitiva. El estilo nuevo está hallado. Ved esta prosa:

«El *high life*, o diremos la gente de pro y de sublime elegancia, parece estar ya difunta al gusto. ¿Dó están esas ninfas que no se ven danzar y brujulear los candores de sus gentiles bellezas? ¿Dó están esas rapaces de albedríos que hechizan con sus románticos trajes la quietud de los mortales?».

Y por lo que hace a su poesía, no se sabe qué admirar más: si la armoniosa regularidad de los metros, o la amplitud del pensamiento, o la variedad de los giros, o la fuerza y vigor de las ideas.

Su ingenio sutil todo lo ensaya, que «jamás se le agotó el gas intelectual, ni el coco derramó omnímodamente el agua, quedando solamente reducido a la corteza y estopa que apenas sirven para darle pira al fuego».

Tal pensamiento suyo, por lo conciso, amargo y pesimista, parece fundido en el mismo molde que ocupara La Rochefoucauld para sus inmortales máximas. Así, «Quien dijo hombre, dijo yerro» o bien «Muerte civil es la pobreza» son ideas que llevan el sello especial con que el Genio marca sus producciones.

Su Arte Poética está concentrada en este cuarteto, que envidiarían Horacio y Boileau:

> *Procura buscar concierto*
> *Y medida en la poesía,*
> *Porque si te crees experto,*
> *Careces de alegoría.*

Decidme ahora: ¿no os parece la siguiente composición un trozo de Shakespeare, o mejor, el modelo inimitable e imperecedero de todos los actuales vates que, llenos de salud y felicidades, no dejan de llorar su suerte negra y de cantar las ilusiones idas, la fatalidad cruel o sus pálidas novias muertas?

QUEJA

> *El sentir para mí es ya difunto*
> *Que sintiendo a la vez he sufrido,*
> *Pues sentir para mí ya es olvido,*
> *Y sentir ya no siento ni un punto.*
> *Soy un mármol por completo insensible;*
> *Deferencia en mí solo se encuentra;*
> *Esto es cuanto mi alma alimenta*
> *Y atesora en mi pecho en conjunto.*
>
> *Yo he nacido de exótica yerba*
> *Que no tiene a la vez valimiento;*
> *Soy un mudo y desnudo instrumento*
> *Que no puede sin cuerda vibrar.*
>
> *Yo soy padre, soy tío y hermano*
> *En conflictos que ofrece el destino;*
> *Pero luego me dan el camino*
> *Y me dejan, sin patria, vagar.*

Campoamor no habría repudiado esta «humorada»:

> *Si por desgracia muriera*
> *La madre del Hombre-Dios,*

> *Rosa, no dudo que a vos*
> *Por su madre te eligiera.*
>
> *Para ti entonces se haría*
> *Nuevo mundo, nuevo cielo,*
> *Y el perfume de este suelo*
> *Tuyo exclusivo sería.*

Y luego, ¿qué decir de la asombrosa y difícil facilidad con que, al no encontrar la palabra apropiada al período, lanza osadamente la que, siempre rara, le sugiere su inagotable inventiva? Para mí esos vocablos son un tesoro. Ningún modernista se acercará a ellos.

Y Granada opondrá cada vez victoriosamente a las cupresinas y oxiacantas: *corituria, redundar, filarmonía, aspirancia, úncera, lepor, setenio, espección, calcedonia, hislar, diagonales de la indiferencia, casiopea, omnicio, el actriz, querúbico, brujulear, intúvala, insaniar, asphantismo, datura, corruscante*, etcétera, etcétera.

También lo tentó el teatro. Fue dramaturgo. *Don Ruperto y doña Bambolla*, en diecisiete actos y en prosa y verso, es una verdadera tragedia de Sófocles.

Y como:

> *Todo aquel que miseria dispensa*
> *Bien revela con eso grandeza,*
> *Como a un tiempo hidalguía y pureza;*
> *Pero hay cosa de no dispensar.*

«Phocás, el campesino, hijo mío...» dejó escapar a veces sus abejas epigramáticas. Agudas y picantes, de seguro levantaron ampolla.

No os quiero privar de esta rareza:

A JOSÉ M. SUÁREZ

> *Por más que te agites, Suárez,*
> *Siempre serás segoviano,*
> *De recónditos lugares,*
> *Natalicio chavacano.*
>
> *Si has pretendido ascender,*
> *Trae tus ajos, papas, dulce,*
> *Artículos de vender,*
> *Patrimonio que te luce.*
>
> *Hay en la Cuesta de Pijes*
> *Muy hermosos holotales,*
> *Negocio para que fijes*
> *Muy buena venta en Chontales.*
>
> *Con política no has hecho*
> *Hasta hoy negocio alguno;*
> *Vende frijoles o afrecho,*
> *Para ti es oportuno.*

El Maestro era bajo de cuerpo, de semblante expresivo y de mirar chispeante y hondo. Usaba el pelo largo, rizado admirablemente, como el de Antínoo. La frente era ancha y prominente, en forma de torre, la frente de los semidioses; y su fisonomía toda recordaba en el acto la de Víctor Hugo octogenario, el de *El arte de ser abuelo*. Iba siempre meticulosamente limpio y gastaba una urbanidad exquisita, hija de su extremada cultura.

Adoraba al bello sexo. Era un cortesano del siglo de Luis XIV trasplantado al XIX. No vivió en su elemento. «La sociedad preciosa» lo habría proclamado su jefe y hubiera sido íntimo de Voiture, Benserade, Dangeau y Madame de Sévigné, y el niño mimado del Hotel de Rambouillet.

Por lo que toca al suscrito, el último de los admiradores de Vado, aunque «los árboles eclesiásticos ven imperceptibles a los pigmeos», espero y deseo que esa brillante pléyade de discípulos del Maestro -los Daríos, Argüellos, Debayles, Guadamuces, Maldonados, Cardones, Barretos, Medranos, Francos, Salinas, Quesadas, Olivares, Hernández, Fariñas, Rivas Ortiz, etcétera, etcétera, todos caballeros cubiertos ante don Procopio- consagren al poeta egregio que

> *Ha formado inconcuso edificio*

un recuerdo de simpatía y un homenaje de respeto.

Salud, pues, Maestro ilustre:

> *Como altísono Petrarca*
> *De capacidad infusa,*
> *Haced que brille inconcusa*
> *Esa ciencia que abrigáis.*
>
> *Tu nombre será indeleble*
> *Por doquier eternamente,*
> *Y con gratitud ardiente*
> *Será por siempre inmortal.*
>
> *Estarás cual una Efigie*
> *Do entusiasta adoración,*
> *Tu altar será el corazón*
> *Do olvido no ha de triunfar.*

JOAQUÍN GONZÁLEZ ROBLEDO *(Joaquín Gómez Rouhaud)*

Sorpresivamente, se ha levantado una cortina de silencio frente a estos ataques a la personalidad literaria de Rubén.

Solo lo que es ditirámbico en su favor se publica. Todo lo que haya sido muestra de inconformidad, de falta de aceptación de las formas de su estilo, se calla. El que lo critica, o lo haya criticado, es tildado de ignorante. Aun más: como en el caso del doctor don Joaquín Gómez R., prefiere olvidarse de lo escrito, avergonzado de haber osado tocar con impuras manos la clámide impoluta del poeta montado en su Pegaso.

Y esto no debe ser así. Para que la historia literaria de Rubén Darío -y de su época- sea completa, es necesario que el cuadro de su vida -y de su obra- tenga las sombras que, con sus contrastes, hagan resaltar la belleza de los detalles.

No todo es luz. «Es tan eterno Zoilo como Homero».

En las biografías de Rubén Darío se pasa por alto, se ignora por completo, el incidente de Granada. Y no hay razón para ello, pues además de ser indicativo de un modo de ser -psicológico- nos da también la medida del grado de cultura de una sociedad.

Las críticas de FRAY PATRICIO CORTÉS y de JOAQUÍN GONZÁLEZ ROBLEDO no eran novedosas, pues ya había antecedentes.

Durante la estada de Rubén Darío en Chile -1886-1889-, el poeta Alfredo Irarrázaval Zañartu (1864-1934) publicó sus *Renglones cortos*, libro que prologó Rubén Darío «con interés de artista y de crítico». En ese libro hay una composición titulada «Mi entierro», en la que el autor chileno supone que ha muerto, y en la que «Darío pronuncia un breve discurso ante el féretro, en donde el autor subraya las palabras y giros que le parecen característicos de su amigo nicaragüense»:

> *¡Ah!, cómo enarca la muerte*
> *a los seres de la tierra,*
> *cómo zahareña se aferra*
> *del achacoso y del fuerte.*
> *¡Ah las almas siempre francas!*
> *¡Eh las ilusiones ciegas!*
> *¡Uh las dulces Hebes griegas!*
> *¡Oh las tenues ninfas blancas!*
> *¡La diosa, la diosa hebrea!*
> *Sueño envuelto en su capuz,*
> *delirio de flor de luz;*
> *ánfora de miel hiblea.*
> *El fauno, la verde parra,*
> *y la copa y el cincel,*
> *y el sacro verde laurel,*
> *cinegética y cigarra.*

Este centón posee el mérito de señalar cuáles eran las expresiones literarias de Darío que más llamaban la atención en Chile en esas horas; y si tenemos la paciencia de comparar los versos dados a conocer por el huésped al público chileno con las locuciones que Irarrázaval subraya, tal como las hemos copiado, fácil nos es concluir que el estilo de Darío despertaba atención por lo novedoso, ya que algunas imágenes -«flor de luz», por ejemplo- habrían sido absolutamente imprevisibles hasta esos años. Hay mucha parodia en el fragmento, pero toda es útil, puesto que voces como *cinegética, verde laurel, el fauno* y *las ninfas* -tenues como quería Irarrázaval o no- se verán comparecer en el estilo de Darío hasta los versos de sus postrimerías. (Raúl Silva Castro, o. c., pp. 65-66.)

Nosotros creemos que ninguno de los críticos nicaragüenses de Rubén había leído los *Renglones cortos* de Irarrázaval, porque Chile estaba -y aún está- tan lejos literaria e intelectualmente de Nicaragua como el Tíbet. Mas aun cuando los hubieran conocido, si bien no había novedad en sus páginas, había cierta originalidad laudable.

Tanto los LAUROS de FRAY PATRICIO CORTÉS como el JUICIO CRÍTICO de JOAQUÍN GONZÁLEZ ROBLEDO están hábilmente escritos. En ambos trabajos, como decía PÁRMENO del primero, «se nota, a ojos vistas, que cada período es una sátira, cada párrafo un epigrama, cada cláusula una puya, cada oración un chiste, cada frase una carcajada, cada término un sarcasmo; todo esto envuelto en uno como cendal finísimo bordado con hilos de oro». Mejor juicio laudatorio no se podría escribir de una crítica, aunque llevara en el original un cierto dejo de amargura.

Lo lamentable del caso es observar que lo que había sido novedoso en Chile en 1887, y había sido objeto de velada crítica en *Renglones cortos*, era aún novedoso en Nicaragua en 1907 y era objeto de abierta crítica en largos párrafos.

Y es que lo que ha pasado en Nicaragua es que se ha hecho caso omiso de lo que pudiera llamarse una advertencia o consejo testamentario de Rubén, que nos narra don Francisco Huezo en su obra *Últimos días de Rubén Darío* (Tipografía Renacimiento, Managua, Nicaragua, 1925, p. 4), cuando, refiriéndose a la nueva floración intelectual de Nicaragua, dice el poeta, ya en su lecho de muerte:

> *HAY AQUÍ MADERA PARA ALGO BUENO, HAY BASE. LO QUE FALTA ES MEJOR ORIENTACIÓN ARTÍSTICA, ESTUDIO PSICOLÓGICO, MEDIO PROPULSOR, MÁS FAENA.*

«Y como la conversación lo fatigara, guarda silencio».

FIN

◆

FUENTE ORIGINAL

Orlando Cuadra Downing, «Seudónimos nicaragüenses y chilenos en la vida y obra de Rubén Darío», *Revista Conservadora*, núm. 14, noviembre-diciembre de 1961.